

**Y TÚ,
¿QUIEN DICES QUE**



YO SOY?

AUGUSTO SOUSA

Título

Y tú, ¿quién dices que YO SOY?

Autor

Augusto Sousa

Maquetación

Exxa Design Studio

Edición Español

1ª Edición – Septiembre 2023

ISBN

978-989-53507-3-5

© Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción o transmisión total o parcial de esta publicación sin autorización del autor.

ÍNDICE

- [7 Prólogo](#)
- [9 Introducción](#)
- [13 La Biblia](#)
- [19 La ciencia confirma la veracidad de la Biblia](#)
- [31 El hombre](#)
- [37 La conciencia](#)
- [41 Religión](#)
- [45 ¿Qué falta hace la religión y cuál es su utilidad ante Dios?](#)
- [53 ¿Quién fundó la religión cristiana?](#)
- [55 ¿Cuál es la verdadera religión?](#)
- [59 Jesús](#)
- [85 Incomparable en el nacimiento, la vida y la muerte](#)
- [93 Antes de ser, ya existía](#)
- [97 Por detrás de la cortina de las apariencias](#)
- [99 Profecías cumplidas por acción de terceros](#)
- [111 Pruebas de misión cumplida](#)
- [123 La justicia divina](#)

PRÓLOGO

Este libro surgió de la necesidad de anunciar el evangelio al mundo y al mismo tiempo aclarar a las personas acerca del plan de salvación preparado por Dios para la humanidad. Es importante que las personas perciban que Dios no creó el mundo como es hoy. Igualmente, que Jesús no es religioso. También debemos poner a la religión en su lugar. Creer o no creer, es decisión de cada persona.

En varios pasajes, me he inspirado en los comentarios de otros autores, como Amin Rodor y C.S. Lewis. Mi deseo es que el mensaje sea comprensible y fructífero en su impacto.

Dado el tema abordado en este libro, es inevitable abordar paradojas y controversias religiosas, especialmente en la doctrina del cristianismo. No pretendo afirmar que soy poseedor de la verdad, pero en aquello que es cierto, no podemos quedarnos en la neutralidad. En ningún momento busco juzgar y, mucho menos, condenar a nadie.

Cuando trato estos temas, no me refiero a las personas en sí, sino a la doctrina que con frecuencia ha sido malinterpretada y distorsionada en beneficio de otros valores que no están de acuerdo con los de Cristo.

Es importante aclarar también que, con virtudes y fallos, la religión cristiana “católica romana” ha sido la que ha preservado hasta hoy la memoria de Jesucristo y ha difundido el evangelio por todo el mundo. Muchos hombres y mujeres han renunciado a su comodidad, la posibilidad de tener una familia, la riqueza e incluso su propia vida para que el mundo pudiera conocer el evangelio de Jesucristo, tanto en el pasado como en el presente.

Fue de esta manera que el conocimiento inicial de Jesucristo llegó hasta mí y por eso estoy eternamente agradecido.

INTRODUCCIÓN

En el siglo XIX comenzó una corriente que cuestionó la existencia de Jesús de Nazaret, aunque hasta entonces nunca se había puesto en duda su existencia. Aunque la idea de que Jesús era una figura mitológica perduró en el siglo XX, hoy en día son pocos los que sostienen esa idea.

Independientemente del debate en torno a este tema, Jesús de Nazaret es considerado el personaje más importante de la cultura occidental y el agente de la mayor revolución en la historia de la humanidad. Es llamado “Jesús el Cristo”, que significa “Mesías”, “ungido” o “Hijo de Dios” para los judíos. Así como la Biblia lo describe, Él es considerado la revelación de Dios a los hombres, ya que Dios se manifestó en forma humana.

Los eventos relacionados con la vida, juicio y muerte de Jesús de Nazaret, ocurridos hace aproximadamente dos mil años, son considerados altamente significativos en la historia de la humanidad. Estos acontecimientos tuvieron un impacto no solo en aquellos que creen en las Escrituras como base de su fe y conducta, sino también en personas religiosas no practicantes e incluso auto declaradas “ateas”. Los eventos fueron tan impactantes que dividieron el calendario en “antes” y “después” de la vida terrenal de Jesús e influyeron en la esfera espiritual, cultural, social, política, judicial y económica. Vale la pena destacar que las constituciones de los países occidentales están basadas en valores judeocristianos.

A pesar de las diversas interpretaciones y opiniones, hay una creciente tendencia hacia la adhesión a la fe en Cristo, debido a su simbolismo de amor y paz, algo de lo que el mundo carece. Jesús y sus enseñanzas transformaron innumerables vidas para mejor, aunque algunos fueron perseguidos y excluidos debido a la intolerancia de otros. Lamentablemente, la ambición, el deseo de poder y la distorsión de las enseñanzas de Jesús resultaron en guerras,

conquistas, torturas y asesinatos, que no están alineados con tales enseñanzas ni con la fe cristiana.

Abordemos ahora el documento que más nos habla sobre este tema: La Biblia. Encontramos en ella los testimonios de aquellos que vivieron con Él, comieron con Él, escucharon Sus palabras, lo vieron llorar, reír e incluso morir. Los mismos que lo vieron resucitar. La Biblia menciona el testimonio de alrededor de quinientas personas que lo vieron después de Su resurrección. Estas son las mismas personas que compartieron con el mundo la noticia de Su resurrección y, debido a ello, incluso dieron su vida por la fe en el Salvador resucitado.

Estas son las personas con más autoridad en la materia para hablar y son dignas de ser escuchadas, ¿verdad? Mientras Jesús estuvo aquí en la tierra, quiso saber qué decían aquellos que no lo conocían acerca de Él. Luego, preguntó a aquellos que lo conocían: “y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”. Esta pregunta trascendió el tiempo y es tan relevante en importancia y valor para todos nosotros hoy como lo fue en aquel día: ¿Quién es Jesús para ti? Te desafío a embarcarnos juntos en el descubrimiento de quién es Jesús de Nazaret.

Antes de buscar saber quién es Jesús de Nazaret, primero aclaremos algo sobre el documento que contiene los testimonios de aquellos que vivieron con Él. La Biblia.

LA BIBLIA

La Biblia es una colección o compilación de libros sagrados. Se divide en dos partes: el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento. La palabra “Biblia” proviene del griego y significa “pergamino, papiro o libro”.

Fue escrito por 40 autores diferentes durante un período de aproximadamente 1600 años. El primer libro de la Biblia es Génesis y fue escrito alrededor del 1445 a.C. El último libro es el Apocalipsis, escrito alrededor del 90-96 d.C. Originalmente, fue escrito en hebreo, arameo y griego.

La palabra “testamento” (berith en hebreo) significa alianza, pacto o contrato sellado con sangre. El Antiguo Testamento puede considerarse como la antigua alianza y el Nuevo Testamento como la Nueva Alianza. Cada uno de ellos contiene una colección de textos sagrados. Vamos a conocer algunos detalles esenciales;

Antiguo Testamento

El Antiguo Testamento está compuesto por 39 libros (versión común) que contienen las Palabras de Dios para el pueblo de Israel. Trata sobre la relación del pueblo con Dios y, a su vez, de Dios con el pueblo. Se divide en 4 partes: Ley, históricos, poéticos y profetas.

Las historias, doctrinas, patrones morales y legislativos que debían guiar al pueblo de Israel, y acontecimientos futuros relacionados con la nación de Israel y el mundo, están presentes en el Antiguo Testamento. Cubre un período desde el 1445 a.C. hasta el 445 a.C. y se basa en la ley mosaica.

Nuevo Testamento

El Nuevo Testamento contiene 27 libros. También está dividido en 4 partes: Los Evangelios, que describen la vida y la doctrina de Jesucristo. Cubren acontecimientos durante su vida, su mensaje, su muerte y su resurrección. El histórico, que narra los actos de los apóstoles (que habla del nacimiento de la Iglesia primitiva). Las epístolas de los

primeros líderes cristianos y el libro profético del Apocalipsis.

El Nuevo Testamento está dirigido a todos los que creen en Jesucristo, independientemente de su raza, idioma o nación, y no solo al pueblo de Israel, como era originalmente en el Antiguo Testamento. Contiene la doctrina para la iglesia, los patrones morales y espirituales que se deben observar. El Nuevo Testamento se basa en la Gracia de Dios manifestada al Hombre. Es decir, no en lo que necesitamos hacer para ser aceptados por Dios, sino por la fe en lo que Jesús hizo en nuestro beneficio.

La primera traducción de la Biblia a lenguaje común, y también la primera versión impresa, fue la Biblia traducida al alemán por Martin Lutero en el siglo XVI, conocida como la Biblia de Gutenberg, ya que esta traducción fue impresa por el alemán Johannes Gutenberg. Fue también el primer libro impreso.

La mayor afirmación de los incrédulos para desvalorizar todo lo que dice la Biblia es: “La Biblia fue escrita por hombres”. Bueno, ¿a quién preferirías que escribiera la Biblia? ¿Un conejo? ¿Crees en las instrucciones de un conejo si la Biblia hubiera sido escrita por uno?

Otra afirmación para sembrar descrédito en la Biblia y cuestionar sus narrativas es: “¿Cómo sabes que eso es verdad? ¿Lo viste? ¿Estuviste allí?”. ¿Cómo sabes quién fue el primer rey de España? Carlos I. Ninguno de nosotros estaba allí ni lo conocemos, pero los registros históricos lo afirman. Escritos también por hombres, pero a los cuales les damos crédito. Al final, siempre creemos en lo que queremos creer.

La Biblia fue escrita por hombres inspirados por Dios, por eso se le llama “sagrada”.

¿Por qué se llama a la Biblia sagrada, cuando no hay otro libro que tenga más odio, más codicia, más intrigas, más asesinatos, más guerras, más injusticias, más lujuria y más engaño? Porque la Biblia dice la verdad. Dice la verdad sobre

Dios, dice la verdad sobre el hombre, dice la verdad sobre el diablo y dice la verdad sobre sus héroes. Es sagrada porque fue inspirada por Dios. Si la Biblia hubiera sido escrita por hombres sin la inspiración divina, nunca expondrían los pecados y debilidades de sus héroes. ¡Pero la Biblia dice la verdad!

Como Dios mismo dijo a través del profeta Jeremías: *“Viste bien; porque yo velo sobre mi palabra para cumplirla”* (Jeremías 1.12); Jesús afirmó: *“y la Escritura no puede ser anulada”* (Juan 10.35); *“El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”* (Mateo 24.35). San Pedro afirmó: *“Antes de todo, tened presente que ninguna profecía de la Escritura proviene de interpretación personal, porque nunca ha sido la voluntad del hombre el que propiciara la profecía, sino que los profetas hablaron de parte de Dios siendo llevados por el Espíritu Santo”* (2 Pedro 1.20-21).

Ningún otro libro en la historia de la humanidad ha sido tan leído, perseguido y ha transformado más a sus lectores. Ha sido perseguido incluso por aquellos que supuestamente deberían vivir y difundir sus enseñanzas, como la religión cristiana.

Muchos líderes religiosos y políticos hicieron esfuerzos para ocultar el mensaje de la Biblia. Muchas veces, usaron su autoridad para evitar que las personas copiaran, tradujeran o incluso poseyeran la Biblia.

Alrededor del 167 a.C.: El rey Antíoco Epifanes quería obligar a los judíos a convertirse a la religión griega. Por eso, mandó destruir todas las copias de las Escrituras Hebreas, lo que hoy conocemos como el Antiguo Testamento. El historiador Heinrich Graetz escribió que los enviados de este rey *“rasgaban y quemaban los rollos de la Ley dondequiera que los encontraran, y mataban a aquellos que leían esos rollos en busca de fuerza y consuelo”*.

Edad Mediana: Algunos líderes de la religión cristiana se irritaron porque miembros comunes de la Iglesia estaban predicando la Biblia en lugar de enseñar las doctrinas de la

iglesia. Terminaron etiquetando de herejes o rebeldes a cualquier persona común que poseyera libros de la Biblia, excepto los Salmos en latín. El 5 de noviembre de 1414, comenzó el Concilio de Constanza, donde se dio la siguiente orden: *“Sean fieles y cuidadosos en buscar siempre a los herejes [...] y hacer búsquedas en todas las casas sospechosas y lugares subterráneos. [...] La casa en la que se encuentre a un hereje debe ser destruida”*.

Después de este concilio, miles de personas que creían en las Escrituras sagradas fueron perseguidas, torturadas y muertas con métodos degradantes y inhumanos de manera macabra para evitar que el mensaje de la Biblia se difundiera entre el pueblo.

El papa Julio III convocó a los tres obispos más famosos y reconocidos de su iglesia, encomendándoles la misión de analizar la Biblia y presentarle soluciones al “problema de la Biblia”, que perjudicaba y molestaba mucho a la iglesia católica en esa época de la reforma protestante.

Al concluir sus estudios, los obispos presentaron al papa un documento titulado *“Instrucciones sobre los métodos adecuados para fortalecer la Iglesia de Roma”*, el manuscrito se encuentra archivado en la Biblioteca Imperial de París, folio B, número 1088, volumen 2, páginas 641 a 650. La parte final de la obra está descrita de la siguiente manera y cito:

“Finalmente (de todos los consejos que nos ha parecido adecuado dar a Vuestra Santidad, dejamos para el final lo más necesario), Vuestra Santidad debe prestar toda la atención y cuidado posible para permitir la menor lectura posible del Evangelio, especialmente en la lengua vulgar, en todos los países bajo su jurisdicción. Lo poco que se suele leer en la Misa debería ser suficiente; más allá de eso, no debería permitirse a nadie. Mientras los hombres estén satisfechos con esa pequeña porción, los intereses de Vuestra Santidad prosperarán, pero cuando deseen más, esos intereses declinarán. En resumen, este libro (la Biblia) más que cualquier otro ha provocado tormentas y tempestades en nuestra contra, de las cuales apenas escapamos

de ser completamente destruidos. De hecho, si alguien lo examina cuidadosamente, pronto descubrirá el desacuerdo y verá que nuestra doctrina es a menudo diferente de la suya, e incluso opuesta en algunos casos; si el pueblo lo supiera, no dejaría de clamar contra nosotros y seríamos objeto de burla y odio general. Por lo tanto, es necesario mantener este libro fuera de la vista del pueblo, pero tened mucho cuidado de no provocar disturbios.

Bolonia, 20 de octubre de 1553, Vicentius De Durtantibus, Egidus Falceta, Gerardus Busdragus”.

Nota: La iglesia católica romana se opone diciendo que el documento en cuestión fue falsificado por los protestantes de la época.

Si los enemigos de la Biblia hubieran logrado eliminarla, su mensaje habría desaparecido, pero ningún otro libro en la historia ha sobrevivido a tanta persecución. La Biblia fue perseguida por personas poderosas, como reyes y líderes religiosos. A pesar de esto, es el libro más distribuido y traducido en el mundo. Este libro fue una influencia en las leyes de muchos países, así como en la vida de millones de personas.

LA CIENCIA CONFIRMA LA VERACIDAD DE LA BÍBLIA

Existen diversas formas de verificar si algo descrito en la Biblia realmente sucedió, desde evidencias de texto en la propia Biblia, como citas de diferentes autores en épocas distintas que coinciden con un mismo acontecimiento, hasta confirmaciones mediante la ciencia y la arqueología. A continuación, algunas de ellas:

1. El fracaso del cerco de Asiria en Jerusalén.

Alrededor del año 701 a.C., Senaquerib, rey de Asiria, sitiaba la región de Judá capturando varias ciudades. Ezequías, el 13^o rey de Judá, consultó al profeta Isaías sobre qué hacer. El profeta de Dios le dijo: *“Así dice el Señor acerca del rey de Asiria: No entrará en esta ciudad, ni lanzará flecha en ella; no vendrá delante de ella con escudo, ni levantará terraplén contra ella. Por el camino por donde vino, regresará; pero en esta ciudad no entrará, dice el Señor”* (Isaías 37.33-34). Por razones desconocidas en el ámbito natural (aunque algunos dicen que fue una enfermedad), La Biblia dice que fue un Ángel del Señor. *“Entonces el Señor envió un ángel que destruyó a todos los valientes hombres, líderes y capitanes en el campamento del rey de Asiria; y avergonzado, él regresó a su tierra.”* (2 Crónicas 32.21). 185 mil soldados asirios murieron esa misma noche y su rey volvió a su tierra por el mismo camino que había venido.

2. La ciudad de Nínive sería quemada.

El profeta Nahúm describe que la ciudad de Nínive sería destruida por el fuego. *“Nínive es destruida, ¿quién tendrá compasión de ella? Los cerrojos de sus puertas están destruidos por el fuego”* (Nahúm 3.7-13). Otra profecía bíblica que se cumplió. En el siglo XIX, investigadores y arqueólogos descubrieron una capa de cenizas cubriendo las ruinas de la

ciudad. Escritos antiguos indican que nunca se recuperó y dejó de ser una ciudad importante después del año 612 a.C.

3. La caída de Jerusalén y el cautiverio en Babilonia.

El profeta Jeremías escribió en su libro (contenido en la Biblia) que la nación de Israel sería dominada por los babilonios y Jerusalén sería destruida. Se cumplió cuando Nabucodonosor sitió Jerusalén (597 a.C.) y diez años después (587 a.C.), tanto la ciudad como el Templo fueron destruidos y el pueblo llevado al cautiverio por 70 años. “*Así dice el SEÑOR: Esta ciudad ciertamente será entregada en mano del ejército del rey de Babilonia, y él la tomará*” (Jeremías 38.3); “*Toda esta tierra será convertida en ruinas y en espanto, y estas naciones servirán al rey de Babilonia setenta años*” (Jeremías 25.11).

4. El regreso del cautiverio en Babilonia, la reconstrucción del templo y de la ciudad de Jerusalén.

Alrededor del año 680 a.C., el profeta Isaías escribió que el fin del cautiverio sería decretado por “Ciro” y que daría la orden para que el pueblo regresara a Palestina para edificar Jerusalén y el templo. “*Yo digo de Ciro: Es mi pastor y cumplirá todo lo que me plazca. El dirá a Jerusalén: ‘Serás reconstruida’, y al templo: ‘Serás fundado’*” (Isaías 44.28). Es importante señalar que este Ciro nació en Persia 150 años después de esta profecía y se convirtió en rey de los medos y persas. En 539 a.C. conquistó Babilonia y en 538 a.C. decretó el primer regreso de los judíos a Palestina para edificar el templo y en una segunda ola, para edificar la ciudad de Jerusalén.

5. El acueducto de Ezequías.

La Biblia relata que el rey Ezequías excavó un acueducto subterráneo en la roca para llevar agua a Jerusalén, alrededor del año 701 a.C. “*Este mismo Ezequías taponó el*

manantial de las aguas superiores de Guijón y las hizo descender hacia el oeste de la Ciudad de David. Ezequías prosperó en todas sus empresas” (2 Crónicas 32.30); “Los demás hechos de Ezequías y sus hechos de poder, y cómo hizo la piscina y el acueducto, están escritos en el libro de las Crónicas de los reyes de Judá” (2 Reyes 20.20). Durante muchos años, los arqueólogos buscaron el túnel sin encontrarlo, por lo que los escépticos pusieron en duda la veracidad de la Biblia. Finalmente, fue descubierto por el académico bíblico estadounidense Edward Robinson en 1838 y posteriormente explorado por Waren y Père H. Vincent. Entonces, la noticia se propagó por todo el mundo con el titular: “La Biblia tenía razón”.

6. La destrucción de Jerusalén.

Jesús, alrededor del año 32 d.C., predijo que Jerusalén y el templo serían destruidos: *“Y al salir Jesús del templo, se acercaron sus discípulos para mostrarle los edificios del templo. Pero él les dijo: ¿Veis todo esto? En verdad os digo que no quedará aquí piedra sobre piedra que no sea derribada” (Mateo 24.1-2); “Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados. ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste! He aquí, vuestra casa os es dejada desierta.” (Mateo 23.37-38).*

Una vez más, para los oídos de los judíos religiosos, Jesús solo podría estar equivocado, ya que, según la Escritura del profeta Daniel, el Mesías entraría en aquel templo y, por lo tanto, no podría ser destruido. Pero, el Mesías entró en el templo y ellos no creyeron.

En el año 70 d.C., Tito, un general romano que intentaba sofocar una revuelta judía, sitió Jerusalén, destruyó el templo e incendió la ciudad.

Estos son solo algunos ejemplos para que veas cómo la Biblia está correcta en sus afirmaciones. El hecho de que, en un mundo anti Dios, la Biblia sea tan perseguida, revela que

realmente es el mensaje de Dios para la humanidad. La Biblia muestra la maldad en el corazón de los hombres, pero no incita al mal. Su mensaje es amar a Dios sobre todas las cosas y amar al prójimo como a nosotros mismos. ¿Qué mal hay en este mensaje? ¿Qué mal puede hacer? Sorprendentemente, este mensaje incomoda a muchas personas, porque es una luz que nos confronta con la verdad y la necesidad de arrepentimiento. Pero como dijo Jesús:

“A los hombres les encantó más las tinieblas que la luz, porque sus acciones eran malas” (Juan 3.19)

DIOS

“Recordad las cosas pasadas desde la antigüedad; yo soy Dios, y no hay otro Dios, no hay otro semejante a mí. Que anuncio el fin desde el principio, y desde la antigüedad las cosas que aún no han sucedido; que digo: Mi consejo será firme, y haré toda mi voluntad.” (Isaías 46.9-10);

“Mas el que se gloríe, gloríese en esto: en comprenderme y conocerme, que yo soy el Señor, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra, porque de estas cosas me agrado, dice el Señor.” (Jeremías 9.24).

Estas dos escrituras revelan un poco de quién es Dios, su personalidad y carácter.

Dios no es un vapor informe, una mente universal. Dios es “una persona”, tiene personalidad, voluntad, emociones y memoria del pasado y del futuro. Él está fuera del tiempo, Él es. Como la Biblia lo llama, “El eterno”, el que era, el que es y el que siempre será, el Todopoderoso.

¿Cómo es Dios? Para muchas personas, Dios es solo una idea abstracta. Otros lo confunden con un juez severo, distribuyendo sentencias a sus criaturas. Algunos lo ven como un detective universal implacable, buscando nuestros errores. Y hay quienes lo ven como una especie de Papá Noel benevolente que reparte regalos una vez al año.

¿Cómo es Dios o quién es Dios? Dios ha sido retratado en muchas ocasiones a imagen y semejanza del hombre, caricaturizado por la religión y los religiosos. Las respuestas pueden variar de persona a persona. Uno de los aspectos más destacados del Nuevo Testamento es que Jesús vino a revelar a Dios, a quien siempre llamó «el Padre», que significa «fuente de vida». *“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”* (Juan 14.9).

Cuando Jesús perdonó pecados, aceptó adoración y hizo promesas que solo Dios podría hacer, estaba presentando a Dios el Padre.

Uno de los cuadros más claros de Dios presentado por Jesús se encuentra en Lucas 15, el capítulo conocido como el “evangelio dentro del evangelio”. “*Se acercaban a Jesús todos los publicanos y pecadores para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: Este a los pecadores recibe, y con ellos come.*” (Lucas 15.1-2). En respuesta a la acusación que se le hace por parte de los severos representantes del sistema religioso de su época, Jesús relata tres parábolas. Estas historias no son propiamente una exposición del evangelio, sino una defensa contra la acusación de los fariseos. Representan el poderoso contraataque de Jesús frente a aquellos para quienes la gracia de Dios parecía un desperdicio: aquellos que se sentían indignados ante la afirmación de que Dios se interesa por los pecadores.

Las palabras y acciones de Jesús ofendieron a los líderes religiosos del primer siglo. Probablemente aún hoy ofenden a muchos que se creen conocedores de Dios. Uno de los valores en el ministerio de Jesús es que atrajo a personas a las que los religiosos ni siquiera se acercaban: enfermos, pobres, samaritanos, mujeres y recaudadores de impuestos, la flor y nata de los marginados. Todos ellos marginados dentro del sistema religioso y social de la época. El desprecio de la élite religiosa por estas personas a las que Jesús se acercó y por las que mostró respeto y compasión, no se debía a que fueran más pecadores que los demás, sino porque eran personas comunes, sin nada que ofrecer, ignorantes de las intrincadas ceremonias religiosas y, por lo tanto, consideradas impuras.

Lo que ofendió a los líderes religiosos del primer siglo no fue tanto la reacción de estas personas hacia Jesús, sino la respuesta de Jesús hacia ellas. “*Este a los pecadores recibe, y con ellos come.*” (Lucas 15.2) era la doble acusación de los opositores de Jesús. Aquellos que decían conocer a Dios se escandalizaban por el tipo de personas por las cuales Jesús mostraba compasión. En el centro del conflicto entre Jesús y los fariseos se encuentra la comprensión de quién es Dios.

Después de todo, ¿puede Dios asociarse con los pecadores? Los fariseos decían que no. Jesús entonces relató tres parábolas para demostrar lo contrario. Estas son historias de Dios, en lenguaje humano:

- La parábola de la oveja perdida (Lucas 15.3-7);
- La parábola de la moneda perdida (Lucas 15.8-10);
- La parábola del hijo perdido (Lucas 15.11-32).

Estas parábolas tienen un mensaje en común: enfatizan la tragedia de la pérdida, la diligencia en la búsqueda y la alegría del encuentro.

No podemos decir que conocemos a Dios si no sabemos qué le causa dolor o qué le trae alegría. Jesús desea demostrar que el corazón de Dios se parte por aquellos que están perdidos y se llena de abundante alegría por aquellos que son encontrados.

¿Cómo te sentirías si perdieras algo valioso? Jesús utiliza un concepto que fácilmente podemos comprender. Es obvio que los seres humanos se sienten frustrados, deprimidos y tristes cuando pierden algo que valoran, y se alegran cuando encuentran lo que habían perdido. La sorprendente revelación que Jesús hace es que Dios también tiene esos sentimientos. El punto principal de estas historias no es hablar de la oveja, la moneda o el hijo, es decir, lo que se perdió. El propósito de estas historias es mostrar la actitud del pastor que perdió la oveja, de la mujer que perdió la moneda y del padre que perdió al hijo. Estas parábolas revelan cómo es Dios.

Bien, aquí entra la gran interrogante de muchas personas mal informadas: *“Si Dios existe y es tan bueno y todopoderoso, lleno de compasión y hace justicia en la tierra, ¿por qué el mundo está como está? ¿por qué los niños mueren de hambre, por qué hay tantas guerras, enfermedades, desigualdades y maldad entre los hombres?”*

Esto me recuerda la historia del barbero. Se dice que una vez, mientras un barbero le recortaba la barba a su cliente,

blasfemaba contra Dios por el estado del mundo, haciendo la misma pregunta en forma de afirmación:

– *Dios no existe. Si Dios existiera, el mundo no estaría como está.*

Cuando terminó el servicio, el cliente fue a buscar a un mendigo de la calle y lo llevó dentro de la barbería, todos se quedaron asombrados mirando lo que estaba sucediendo. El cliente afirmó:

– *Los barberos no existen.*

– *¿Qué tontería es esa? ¿Entonces qué soy yo?* Respondió el barbero.

– *Si los barberos existieran, este hombre no estaría con la barba y el cabello en ese estado.* Afirmó el cliente.

– *Él está en esa condición porque nunca me buscó.*

– *Es por esa misma razón que el mundo está como está, el hombre no busca a Dios”.*

En primer lugar, debes saber que Dios no creó el mundo como lo vemos hoy ni al Hombre como se ha convertido. La culpa de que el mundo esté como está no se debe a Dios, sino al hecho de que el hombre se volvió independiente de Él. El Hombre dio la espalda a Dios, se rebeló contra Él y siguió su propio camino. Vive su propia vida a su manera sin tener a Dios cerca para decirle qué debe o no hacer.

Dios no es el que mata a los niños de hambre en el mundo hoy, no es el que fomenta las guerras y las discordias entre los hombres, no es el autor de tantas enfermedades que se llevan la vida de millones de personas cada año. A pesar de que el Hombre dio la espalda a Dios, su amor por el Hombre no ha cambiado y no se complace en su mal. “*Diles: Vivo yo, dice el Señor Dios, que no me complace en la muerte del impío, sino en que el impío se aparte de su camino y viva.*” (Ezequiel 33.11). El placer de Dios no está en el mal del Hombre, su placer está en que el Hombre se arrepienta, se convierta de sus malos caminos y viva. Esto lo afirma el mismo San Pedro. “*El Señor no tarda en cumplir su promesa, como algunos*

piensan. Más bien, tiene paciencia con ustedes, porque no quiere que nadie perezca, sino que todos se arrepientan.” (2 Pedro 3.9).

Dios nunca rechaza a la persona que se arrepiente y vuelve a Él. Sea cual sea su pasado, incluso si es condenado por los hombres y sus leyes, si se arrepiente, Dios lo perdona. *“Abandone el malvado su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos. Vuélvase al Señor, a nuestro Dios, porque él es generoso para perdonar.”* (Isaías 55.7).

Tal vez te preguntes: *“¿Eso significa que si Mao Zedong, Josef Stalin, Adolf Hitler y muchos otros, si ellos se hubieran arrepentido antes de morir, Dios los perdonaría?”* Así es. Si se arrepintieran, Dios borraría sus pecados.

– *Pero eso no sería justo. Dices tú.*

– *Claro que no, eso es gracia* (favor no merecido) disponible para todos, malos y buenos.

Dios es así, Dios es bueno, misericordioso y lleno de gracia para todos.

EL HOMBRE

¿Quién soy yo y quién eres tú?

Sócrates en el siglo IV a.C. dijo que el Hombre es un animal racional. Una expresión que todavía usamos hoy en día.

Pascal dijo en el siglo XVII: *“El hombre es un pensamiento de caña”*. Fernando Pessoa (poeta portugués) decía: *“El hombre es un cadáver aplazado”*. *“¿Sabes quién soy?”* Una pregunta a menudo utilizada para humillar a un desconocido en momentos de desacuerdo, tratando de sentirnos superiores a él.

Al mirar el universo que nos rodea, tengo la plena certeza de que nosotros, como seres humanos, somos muy pequeños en comparación con toda esta grandeza, y no hemos hecho nada para que esté aquí, ni mucho menos para estar nosotros aquí.

El filósofo y profesor Mário Cortella aborda la cuestión de *“¿sabes quién soy?”* de la siguiente manera:

“La ciencia cree que estamos en un universo, y según ella, es ‘un’ universo y no ‘el’ universo. Este es un universo posible entre otros. Este universo probablemente surgió hace 15 mil millones de años como consecuencia de una gran explosión de energía, a la que Georges Lemaître, un sacerdote católico, astrónomo y físico, irónicamente llamó ‘Big Bang’, y este término se mantiene hasta hoy. La energía se expandió en forma de estrellas, y estas se juntaron en forma de galaxias. La ciencia calcula que en nuestro Universo puede haber alrededor de doscientas mil millones de galaxias. Una de ellas es nuestra “Vía Láctea”, en forma de espiral con un diámetro de cien mil años luz y un grosor del disco entre mil y tres mil años luz, y no es una de las más grandes. Apenas contiene entre cien y cuatrocientos mil millones de estrellas, siendo una de ellas el Sol, con un diámetro de 1,5 millones de kilómetros, situado a una distancia de 150 millones de kilómetros de la Tierra y a 26 mil años luz del centro de la galaxia. Alrededor de esta “pequeña” estrella, el Sol, orbitan nueve pequeñas masas

planetarias. El tercero de ellos, a partir del Sol, es el planeta en el que habitamos y al que llamamos “Tierra”, mil millones de veces más pequeño que el Sol. Aquí, en nuestro planeta, existe lo que llamamos “vida”. La ciencia cree que hay alrededor de 30 millones de especies de vida diferentes en nuestro planeta, pero hasta ahora solo ha identificado 3 millones, incluyendo la nuestra, la especie humana.

Esta especie a la que pertenecemos ha superado los 7 mil millones de individuos, y tú eres uno de ellos, y finalmente hemos llegado al punto. El hombre es un individuo entre más de siete mil millones de la misma especie, entre 3 millones de especies de vida diferentes, que habitan en un “pequeño” planeta entre otros nueve que orbitan alrededor de una “pequeña” estrella, entre 100 a 400 mil millones de otras, que forman una galaxia entre 200 mil millones de otras galaxias, y todo esto posiblemente en uno de varios universos.”

Solo pensar que cuando llegamos aquí, todo esto ya existía y nosotros no hicimos nada para que sucediera, ya debería hacernos más humildes. ¿No crees? Entonces, ¿quién eres tú y quién soy yo en este panorama?

¿Quién soy yo para pensar que soy el único que está en lo correcto en lo que hace? ¿Quién soy yo para pensar que el único estilo de vida adecuado es el que tengo? ¿Quién soy yo para pensar que el único lugar bueno para nacer fue donde nací? ¿Quién soy yo para pensar que el único acento correcto es el que uso? ¿Quién soy yo para pensar que mi color de piel es el más importante? ¿Quién soy yo para pensar que siempre estoy en lo correcto y todos los demás están equivocados? ¿Quién soy yo para pensar que soy más importante que los demás?

¿Quién soy yo y quién eres tú? Al final del día, somos iguales, con la misma capacidad de pensar, sentir, comunicar, creer, amar, odiar, hacer el bien, hacer el mal y crear. Pero cada uno decide de manera diferente qué hacer con estos atributos, y eso es lo que nos diferencia unos de otros, nada más.

El filósofo Albert Schweitzer, teólogo y médico alemán, que ganó el premio Nobel de la paz en 1952, hizo esta afirmación: *“La tragedia no es cuando el hombre muere, la tragedia es lo que muere en el hombre cuando todavía está vivo”*.

¿Qué has dejado morir dentro de ti? ¿La fe? ¿El amor? ¿La esperanza? ¿La creencia de que pueda existir otra forma de vivir más allá de la tuya? ¿Creer en lo que no ves? ¿O porque no lo ves, no puede existir? ¿Qué es lo que has dejado morir o permitido que otros maten dentro de ti? ¿No formaba parte de tu naturaleza como ser humano? ¿No sería útil para ti o para las personas que te rodean? De alguna manera, ¿creíste o permitiste que otros te hicieran creer que debías descartar esos «accesorios» innecesarios y ahora buscas construir tu vida, tus convicciones de una u otra manera basándote en la premisa de que la vida es así, sin sentido? Nacer, vivir, conquistar riquezas, disfrutar de lo que la vida puede ofrecerte y morir. Quizás porque lo que dejaste morir dentro de ti era el vínculo entre tú como individuo y el sentido de la propia vida que te fue dada.

Abordando la cuestión que siempre nos persigue, la existencia o no de Dios. ¿Qué sentido tiene entonces la vida si Dios no existe? ¿Y qué prueba podemos presentar de su no existencia? El movimiento ateo en Inglaterra invirtió mucho en publicidad con el lema: “Dios no existe, así que no te preocupes y disfruta de la vida”. Como muchas otras, esta es solo otra forma de “publicidad engañosa”. Porque si Dios no existe, despreocuparse y disfrutar de la vida es un paradojo. ¿Qué código de conducta y de vida orientará entonces nuestras decisiones, qué hará la separación entre el bien y el mal en la sociedad?

En realidad, si Dios no existe, entonces tenemos muchas preocupaciones que tener en cuenta. Cuando muramos, ¿a dónde iremos? ¿Desapareceremos? ¿Qué nos lleva a pensar así? ¿Podemos probarlo? ¿Y si estamos equivocados?

Recorramos al documento más antiguo y que más nos habla del asunto, la Biblia. Imagina que la Biblia, el libro

sagrado para los cristianos, está en lo cierto, según ella tú eres un ser espiritual eterno con energía vitalicia, que posees un alma, voluntad, emociones, razonamiento, imaginación, memoria y vives dentro de un cuerpo con la misma composición química de la tierra donde vivimos desde siempre. Nuestro cuerpo está preparado para vivir en esta tierra, no fue preparado para vivir en la luna, ni en Marte ni en otro planeta que conocemos. Respiramos oxígeno y vivimos en armonía con la naturaleza que nos rodea. ¿No fue bien pensado? Todo el mecanismo de nuestro cuerpo, su sistema de defensa, regeneración y cómo funciona. ¿No fue bien pensado? Observamos el universo que nos rodea, tanta disciplina, orden y belleza. ¿No fue bien pensado? La forma en que una planta nace y crece, las flores con su inmensa variedad de formas, aromas, texturas y colores. ¿No fue bien pensado? Las nubes, toneladas de agua suspendidas en el cielo, agua en su estado gaseoso, sí, fue bien pensado. Porque toda obra tiene un arquitecto y nada se crea a sí mismo y del nada, nada viene a existir.

Pero imagina que pudieras elegir dónde vivir tu eternidad y lo rechazaras porque crees que tal cosa no existe, incluso sin poder probar tu 'creencia'. Imagina a dos gemelos dentro del vientre materno, uno le dice al otro:

- *¡Eh, hermano, ¿crees en la vida después del parto?*
- *Yo creo, creo que esta vida como la conocemos es pasajera.*
- *Pues yo no, la vida es esto mismo, es lo que podemos ver y sentir.*
- *Creo que incluso podremos comer con nuestra boca.*
- *Ni lo pienses, nosotros comemos por esta cosa aquí en la barriga.*
- *Creceremos más y daremos uso a nuestras piernas.*
- *No te equivoques, nada de eso es verdad, conformémonos con esta vida. Además, nunca nadie ha vuelto del otro lado para decir cómo es.*
- *Hermano, no tengo nada que perder alimentando mi esperanza, solo nos queda esperar para saber quién tiene razón.*

Estos dos gemelos representan dos tipos de personas cuando nos interrogamos sobre la existencia de Dios y la vida después de la muerte. Unos no creen y tienen sus argumentos, otros creen y también tienen sus argumentos. El juez será el tiempo, y por eso solo nos queda esperar.

Entonces, imagina que los ateos tienen razón y que Dios al final no existe, ¿qué tienes que perder al creer en su existencia? Al final de cuentas, ¿cuál es el costo-beneficio de una elección y el costo-beneficio de la otra?

Te presento la ‘propuesta de Blaise Pascal’, físico, matemático y filósofo del siglo XVII: *“La cuestión es que, si Dios no existe, el creyente no ha perdido nada y el ateo no ha ganado nada. Pero si Él realmente existe, entonces el creyente ha ganado todo y el ateo ha perdido todo”*. Esto significa que, si Dios existe, los creyentes irán al Cielo y vivirán eternamente, mientras que aquellos que decidieron que Dios no existe vivirán eternamente separados de Dios en la oscuridad y en tormento. Dicho esto, me parece inteligente la opción de las personas que decidieron creer en Dios, porque si están equivocadas, al final no han perdido nada, pero si están en lo cierto, han ganado todo. Mientras que los incrédulos, si están en lo cierto, no han ganado nada, pero si están equivocados, han perdido todo. En otras palabras, el creyente tiene todo por ganar y nada por perder, el incrédulo tiene todo por perder y nada por ganar. ¿Serán las personas creyentes simplemente ignorantes por creer en Dios? ¿O no te parece que, en el fondo, la opción de los creyentes es en realidad la más inteligente que la de los eruditos ateos? Voltaire, (1694-1778), filósofo, dramaturgo y escritor, Voltaire fue un pensador que se opuso al dominio religioso y a la intolerancia de opinión existentes en Europa en su tiempo, declaró en la agonía de la muerte a finales del siglo XVIII: *“Muerdo adorando a Dios y rechazando la religiosidad”*. Aquel a quien muchos consideran el padre del ateísmo moderno. ¿No será que, en realidad, estamos cansados y desacreditados de la religiosidad, pero debido a

que colocamos a Dios y la religión en el mismo 'saco',
acabamos confundiendo las cosas?"

LA CONCIENCIA

Sobre el valor de la conciencia, San Pablo dijo lo siguiente: *“Doy gracias a Dios, a quien sirvo con una conciencia pura, siguiendo la tradición de mis antepasados.”* (2 Timoteo 1.3); *“El propósito de este mandamiento es el amor que nace de un corazón limpio, de una buena conciencia y de una fe sincera.”* (1 Timoteo 1.5); *“Manteniendo el misterio de la fe con una conciencia limpia.”* (1 Timoteo 3.9); *“Conserva la fe y una buena conciencia, que algunos han rechazado y han naufragado en la fe.”* (1 Timoteo 1.19); *“Perversas contiendas de hombres corruptos de entendimiento y privados de la verdad, que piensan que la piedad es una fuente de ganancia. Apártate de tales personas.”* (1 Timoteo 6.5); *“Y de la misma manera que Janes y Jambres se opusieron a Moisés, también estos se oponen a la verdad. Son hombres de mente depravada y descalificados en cuanto a la fe.”* (2 Timoteo 3.8).

El hombre es un ser dotado de conciencia. La conciencia es la voz del espíritu humano, el juez y la mejor consejera. Nuestra conciencia es lo que más valor poseemos. Si la dejamos contaminar, dejará de ser una buena consejera, dejará de juzgarnos y de distinguir entre el bien y el mal, y entonces nos convertiremos en robots alienados, dejaremos de pensar por nosotros mismos y empezaremos a pensar según la mentalidad de la masa. Como San Pablo mencionó en los textos anteriores, hay personas que en la iglesia del primer siglo dejaron de lado su buena conciencia y, como consecuencia, se apartaron de la verdad y distorsionaron la fe genuina.

Aquellas personas que están interesadas en la verdad buscan formar una conciencia basada en valores universales que no huyan de su responsabilidad ante Dios. Esto puede parecer que están fuera de la realidad que les rodea e incluso pueden parecer alienados. Pero esta alienación ocurre porque se niegan a aceptar la alienación de la multitud

alienada que ha llegado al punto de aceptar su propia alienación como algo natural, inevitable y permanente.

Una conciencia diferente al grupo será temida como una fuerza peligrosa. Esto puede hacer que la persona sea desajustada e intolerable, alguien fuera del ritmo de la tropa y diferente. Alguien que debe ser excluido.

Sin una conciencia pura, los seres humanos se vuelven inhumanos. Las personas no cuestionan nada y así se convierten en títeres manipulados por cualquier poder.

Con una conciencia pura, el ser humano se vuelve íntegro, sensible a los valores y comprometido con la verdad, por una conciencia informada y por la obediencia a ese conocimiento.

Una conciencia que no está informada ni comprometida con la verdad se convierte en una guía peligrosa e incluso mortal.

La conciencia pura es amor a la verdad, es la disposición de probar y examinar toda la verdad. Es la valentía de creer y defender ciertos valores, es la valentía de encontrar sentido en la vida, es la valentía de vivir con un propósito, es la valentía de someter tu lealtad a la verdadera escala de prioridades, es la valentía de vivir contracorriente.

La conciencia pura siempre exige valentía. Seguir la conciencia es una acción vulnerable porque expone a la persona al ridículo, a la crítica, al rechazo público, al desprecio, al odio, a la vergüenza, al sufrimiento, a la violencia e incluso a la muerte.

La conciencia pura es un acto de fe. Fe para elegir la opción correcta incluso si eso te cuesta caro. Fe de que el tiempo mostrará que tu elección fue correcta, aunque ahora seas rechazado por aquellos que te rodean y, muchas veces, incluso por aquellos que más amas.

Si permites que tu conciencia se contamine, fácilmente perderás “el norte”, la conciencia es tu punto de referencia. Vivimos en días en que lo correcto es incorrecto y lo incorrecto es correcto, las personas han perdido su

identidad y tenemos que demostrar que la hierba es verde y el cielo es azul. Esto es lo que la religión hace con las personas, ya no buscan garantías de la verdad. Otros lo hacen por ellas y lo que ellas dicen es así. Entonces preguntamos a un religioso: ¿Por qué te uniste a esta religión? La respuesta en el 90% de los casos es siempre la misma:

- *Porque sí, afirman.*
- *Ya nací aquí y moriré aquí.*
- *Mi abuelo ya pertenecía a esta religión, mi madre también y yo también.*

Si tu conciencia ya no se toma la molestia de ser tu juez llevándote al arrepentimiento, no te engañes, ha sido corrompida y está alienada. Para que tu conciencia vuelva a ser una guía segura, necesitas juzgarte a ti mismo, poner a prueba lo que entiendes como verdadero, cuestionar la doctrina, los principios y valores que guían tu forma de vivir.

Descubres que tu conciencia está viva cuando te contradice y te confronta con la verdadera motivación detrás de defender lo que defiendes y hacer lo que haces.

RELIGIÓN

¿Qué es la religión? Bueno, en primer lugar, si Dios es uno solo como lo revela la Biblia, no puedo concebir la idea de que Él sea religioso. Al observar las diferentes religiones en el mundo con creencias opuestas entre sí, ¿cómo Dios podría ser religioso? Porque si Él es Dios, es Dios de todos, y si es religioso, entonces es Dios de Su religión, lo que haría que esa religión sea la única y verdadera a seguir, y así sería opuesto a todas las demás.

Según la Biblia, Dios no es religioso. Él no es católico, ni judío, ni musulmán. Si Dios es como la Biblia lo describe, entonces ama a todos por igual, independientemente de su religión, color, nacionalidad, etnia o estatus social. Por lo tanto, la idea de “religión” no puede estar en Dios.

Religión significa “reconectar”, es decir, reconectar la conexión perdida entre el hombre y Dios. En esto, el hombre admite que está separado de Dios, y la religión es su búsqueda desesperada por esta reconexión.

Nos damos cuenta por la cantidad de credos y religiones en el mundo que cada uno quiere hacer la “reconexión” a su manera.

¿Qué es la religión sino «caminos» creados por el hombre para intentar acercarse a Dios? Cada uno inspirado por una buena intención, dentro de los límites de su conocimiento, en su tiempo, en el molde de su cultura y en sus propios conceptos sobre lo divino. Establecieron cierto número de prácticas y reglas que les hacían sentirse bien y en paz consigo mismos, con el fin de reconectarse con Dios. Otros, sin embargo, con conceptos más severos, pensaron que Dios es satisfecho con la penitencia y el sufrimiento humano para merecer algún beneficio de Él. Pero si la religión reconecta al hombre con Dios, ¿por qué el documento que contiene las Palabras de Dios, la Biblia, afirma lo contrario? ¿Es esta una de las razones por las cuales la Biblia es

perseguida por aquellos que deberían tomarla como su regla de conducta y práctica?

Hablando de religión, veamos lo que los santos considerados “padres de la iglesia”, autoridades en el tema, dijeron.

En la carta de San Pablo a los efesios, él dijo lo siguiente:

“Porque por gracia habéis sido salvados por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”. (Efesios 2.8-9).

“Por gracia habéis sido salvados”. La gracia significa favor no merecido. Esto significa que no somos salvados por mérito propio, por nuestras buenas obras o sacrificios autoimpuestos, sino por un favor divino que no merecemos. Al decir “gracia”, San Pablo ya nos aclara que no hay nada que podamos pagar por nuestra salvación.

La salvación es “un don de Dios”, es un regalo gratuito para la humanidad. Por ejemplo, un amigo te da un regalo de cumpleaños, no necesitas pagar, solo necesitas recibir. Si tuvieras que pagar, no sería un “don” o regalo. Pero el regalo no fue gratuito para tu amigo, él lo compró, pagó un precio para que tú pudieras recibirlo gratuitamente. Lo mismo ocurrió con el regalo de la salvación. Fue gratuito para nosotros, la humanidad, pero para Jesús le costó todo, su propia vida. Esto es lo que San Pablo escribió a los corintios: *“Habéis sido comprados por un precio”*. (1 Corintios 7.23). San Pedro también dijo: *“Porque también Cristo murió por los pecados una sola vez, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios”*. (1 Pedro 3.18).

Entonces, no es a través de la religión que alcanzamos la reconexión con Dios, sino a través de Jesucristo.

¿QUÉ FALTA HACE LA RELIGIÓN Y CUÁL ES SU UTILIDAD ANTE DIOS?

Entiendo que la religión, al menos la mayoría de ellas, hace que las personas sean un poco más sensibles y humanas, al menos en ciertas épocas del año. Hablando de la religión cristiana, las personas se vuelven más sensibles al amor, la comprensión y las necesidades de los demás en Navidad e incluso quizás en Semana Santa. Eso es bueno, pero luego todo vuelve a la normalidad. También recuerdo a miles de devotos cristianos que a lo largo de los siglos se despojaron de riquezas y comodidades que la vida les podría ofrecer para dedicarse a Dios, a la difusión del evangelio y al servicio a los demás. Todos consideramos a estas personas dignas de respeto, pero son pocos los que quieren seguir su ejemplo.

Para el ser humano, la religión es algo que siente como parte de sí mismo. El problema de la religión, sea cual sea, es que no puede resolver la causa de la desconexión espiritual del ser humano con Dios. La religión puede decir que esto o aquello es pecado, como algo que nos aleja de Dios. Sin embargo, no tiene la capacidad de liberar al ser humano de esto y cuando señala un camino alternativo para hacerlo, siempre se basa en el esfuerzo humano de la penitencia a través del sufrimiento físico, para “merecer” la reconexión mediante el sufrimiento autoimpuesto. Pero lo que aleja al ser humano de Dios no es su condición física, social ni económica, sino espiritual. *“Todo pecado que el hombre comete es fuera del cuerpo.”* (1 Corintios 6.18).

Tanto la penitencia por los pecados como el pecado en sí son igualmente erróneos. Si la penitencia por los pecados borrara el pecado en sí, ¿por qué entonces Jesús necesitaría ser herido para quitar nuestros pecados?

El profeta Isaías, divinamente inspirado, escribió en el 680 a.C.: *“Mas él (Jesús) fue herido por nuestras transgresiones, molido por nuestras iniquidades.”* (Isaías 53.5).

San Pedro también escribió de manera similar:

“Él mismo (Jesús) llevó nuestros pecados en su cuerpo en el madero, para que nosotros, estando muertos al pecado, vivamos a la justicia.” (1 Pedro 2.24).

San Juan también afirmó:

“La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1.7).

Si Jesús fue herido por nuestros pecados e iniquidades, si Él llevó sobre su cuerpo lo que nos alejaba de Dios, y su sangre que fluyó de sus heridas (en una figura del Antiguo Testamento) nos limpia de todo pecado, ¿por qué necesitaría una penitencia autoimpuesta para que mis pecados sean perdonados?

Si no necesito imponerme un sufrimiento físico para merecer el perdón de Dios, ¿qué debo hacer entonces?

San Pedro lo afirmó:

“Arrepentíos, pues, y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados” (Hechos 3.19).

El arrepentimiento es lo que le otorga al pecador el perdón de sus pecados. El arrepentimiento proviene de la palabra griega *“Metanoia”*, que significa *“cambio de pensamiento y cambio de vida”*.

Porque el pecado es espiritual, no son obras carnales, como la penitencia y el sufrimiento físico, las que pueden eliminarlo. La parte humana es arrepentirse, cambiar la forma de pensar con respecto a este asunto y cambiar la actitud. La parte divina es perdonar y borrar el pecado cometido. Por lo tanto, el perdón de los pecados y la reconciliación con Dios no provienen del esfuerzo humano.

La Biblia enseña que la razón por la cual el ser humano quedó separado de Dios fue debido a la desobediencia de Adán. Por esta causa, lo que separa al ser humano de Dios se convirtió en parte integral de su propia naturaleza espiritual

y no puede ser resuelto mediante buenas obras, penitencias, indulgencias ni esfuerzo humano.

San Pablo dijo:

“Por tanto, como por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Romanos 5.12).

A la luz de esta Escritura, el ser humano no está separado de Dios por cometer pecados, sino por causa del pecado de Adán que pasó a toda la humanidad. *“Y vivió Adán ciento treinta años, y engendró un hijo a su semejanza, conforme a su imagen.”* (Génesis 5.3). Aquí se refiere a la imagen y semejanza de un Adán que ya había pecado y por lo tanto estaba separado de Dios. Esta imagen y semejanza de un Adán separado de Dios pasó de generación en generación hasta llegar a ti y a mí hoy, y es esto lo que nos convierte a todos en pecadores. Por lo tanto, ser pecador no depende de los pecados que podamos cometer, sino debido a esta naturaleza pecaminosa que se transmitió a todos a través de la semilla natural, es hereditaria, ya nacemos con ella y es por eso que ni nuestro esfuerzo natural ni los rituales religiosos que establecemos nos pueden liberar de lo que es espiritual y forma parte de nuestra naturaleza.

Como dijo San Pablo:

“Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3.23); *“Porque la paga del pecado es muerte (separación de Dios), pero el don gratuito de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor”* (Romanos 6.23).

El ser humano estaba sin esperanza de salvación y condenado a muerte, es decir, a la separación de Dios, pero Dios nunca se dejó sin testimonio y siempre se reveló a aquellos que lo buscaban, y por su gran amor nos envió a su hijo, Jesucristo. Él era libre del pecado de Adán, porque no fue engendrado por la semilla humana, sino por el Espíritu Santo en el vientre de la virgen María. Vivó sin pecado, aunque fue tentado en todo como nosotros, nunca pecó. En

su muerte, tomó sobre sí nuestros pecados para reconciliarnos con Dios.

Como dijo San Pedro:

“llevando él mismo en su cuerpo nuestros pecados sobre el madero, para que, muertos al pecado, vivamos a la justicia” (1 Pedro 2.24).

Jesús tuvo la confianza de afirmar: *“Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí”* (Juan 14.6). ¿Quién es el camino hacia Dios Padre? ¿La religión? ¿Las buenas obras? ¿Las penitencias? ¿O Jesús?

El dicho dice: *“Todos los caminos llevan a Roma”*, lo que significa que todas las religiones conducen a Dios. Si esto es cierto, entonces una de dos cosas: o Jesús mintió, y eso sería suficiente para convertirlo en otro pecador, y si él fuera un mentiroso, entonces nada de lo que proclamamos sobre él sería verdadero, lo que haría que todos los cristianos también fueran mentirosos, porque proclamamos que Jesús es el líder de la iglesia cristiana y completamente santo. O alguien nos ha estado mintiendo y haciendo que Jesús sea un mentiroso. Porque si Jesús dice que él es el único camino hacia Dios, pero enseñó que hay muchos caminos para llegar a Él, entonces uno de nosotros está mintiendo.

San Pablo también dijo:

“Porque hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo, hombre” (1 Timoteo 2.5).

¿Cuántos mediadores hay entre Dios y los hombres? San Pablo dijo que solo hay uno, y también dijo quién es: ¡Jesucristo!

Si hay solo un mediador entre Dios y los hombres, entonces no hay dudas de que todos los mediadores que la religión coloca entre nosotros y Dios son un fraude, una mentira, un engaño. Porque si tenemos a San Pablo como santo y uno de los “padres de la iglesia cristiana”, debemos dar crédito a sus palabras como verdaderas. O San Pablo también mintió, lo que nos convierte a nosotros, los

cristianos, en mentirosos también, porque proclamamos que él fue un santo. De las dos cosas, o bien tanto San Pablo como Jesús nos engañaron, o alguien nos ha estado engañando.

Veamos lo que San Pedro dijo:

“Y en ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres por el cual podamos ser salvos.” (Hechos 4.12).

¿En qué nombre tenemos la salvación? San Pedro dijo que es por el nombre de Jesús. Si San Pedro dijo la verdad, significa que no puede haber salvación ni perdón de pecados por ningún otro nombre. Si nos enseñan que hay salvación por otro nombre y por la intercesión de cualquier santo o santa, alguien nos está engañando. Si tenemos a San Pedro como un santo y lo consideramos «el primer Papa», pero al final él mintió, eso lo convierte en un pecador y un mentiroso. Entonces, todos nosotros los cristianos también somos mentirosos, porque proclamamos que San Pedro fue un santo. De una u otra manera, o San Pedro mintió y nos engañó, o alguien más nos ha estado engañando.

San Pablo escribió:

“Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados; cancelando el documento de deuda que consistía en decretos contra nosotros y que nos era adverso, y lo quitó de en medio, clavándolo en la cruz.” (Colosenses 2.13-14).

La Biblia quiere decir lo que dice. El pecado que separaba al ser humano de Dios fue resuelto en la cruz, en la muerte y resurrección de Jesús.

“Porque, así como por la desobediencia de uno solo, muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo, muchos serán constituidos justos” (Romanos 5.19). Si la Biblia está en lo correcto, entonces la religión no tiene su origen en Dios, sino en los hombres. Por lo tanto, la religión

no tiene importancia ni utilidad para religar al ser humano con Dios.

En las páginas de la Biblia, Dios y la religión son dos polos opuestos. Nos dice que la religión, contrario a lo que piensa la mayoría de las personas, es rebelión y no devoción a Dios. Porque el ser humano está diciendo a Dios cómo debe ser hecha la “religación” y si alguien tiene la competencia para decir y hacer la “religación” es Dios y no el Hombre caído y separado por causa de su condición. ¡Pero Jesús hizo lo que la religión jamás podrá hacer: ¡Reconciliar al Hombre con Dios!

Como afirmó San Pablo:

“Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo a través de Jesucristo.” (2 Corintios 5.18).

Observa que no dice: “Y todo esto proviene de Dios que nos reconcilió consigo mismo a través de la religión”.

“Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo.” (2 Corintios 5.19).

No dice: “Dios estaba en la religión reconciliando consigo al mundo”.

No es la religión la que reconcilia al hombre con Dios, sea cual sea, es JESÚS. Por lo tanto, el Hombre no necesita religión, ¡necesita a JESÚS!

¿QUIÉN FUNDÓ LA RELIGIÓN CRISTIANA?

A diferencia de lo que mucha gente piensa, Jesús no fue el fundador de la religión cristiana. Porque, tal como la Biblia lo describe, Él no vino a fundar otra religión para añadir a las que ya existían en ese tiempo, Él vino a reconciliar o religar al Hombre con Dios. Él vino a condenar el pecado y justificar al pecador arrepentido.

El término “cristiano” no tuvo su origen en boca de Jesús ni de sus apóstoles ni de ninguno de sus seguidores; fue inventado por paganos en el primer siglo en Antioquía: “Y en Antioquía fueron los discípulos por primera vez llamados cristianos” (Hechos 11.26). Hasta entonces, los seguidores de Cristo eran llamados “discípulos”, pero allí por primera vez fueron llamados “cristianos” y adoptaron este título para diferenciarse del judaísmo y otras religiones. Pero esto es solo un título que les fue dado y adoptado por la iglesia, una etiqueta que no define el contenido. El título “cristiano” identifica a la persona con Cristo, en principio un creyente, seguidor de Jesús y todo lo que ello implica. La fe “cristiana” era llamada “el camino”. Fue solo con la conversión de Constantino, el emperador de Roma, en el siglo IV que surgió el “cristianismo” como la religión oficial del estado romano. Otra religión más para agregar a las demás, igualmente con sus dogmas, rituales, ídolos, festividades y peregrinaciones, como ya tenía la mitología griega.

La iglesia salió del anonimato y obtuvo el favor del emperador. Los cristianos dejaron de correr riesgo de vida por su fe en Jesús. Ahora, ser cristiano era un vehículo para promoción social y la iglesia “se casó con el estado”. Dejó de ser un organismo para convertirse en una organización. Dejó de tener un gobierno espiritual motivado por la práctica de las Escrituras, para asumir un gobierno centralizado y politizado. Así, la iglesia hasta el siglo IV no tuvo nada que ver con lo que llegó a ser después. Antes, las

personas que se unían a la fe cristiana estaban verdaderamente entregadas a Jesús por su fe, aun sabiendo que eso podría llevarlas a la muerte; eran cristianos genuinos. Después, todos querían ser cristianos o ser llamados cristianos para obtener el favor del emperador. Sin embargo, hay que decir también que a pesar de todo esto, no podemos negar que siempre ha habido un remanente de cristianos que no se rindieron al sistema y mantuvieron la pureza de su fe.

Así nació la religión cristiana tal como la conocemos hoy en sus diversas ramificaciones: Iglesia católica romana, iglesia anglicana, iglesia católica ortodoxa, iglesia católica copta, iglesia evangélica, iglesia adventista, etc. Con sus virtudes y debilidades como todas las demás religiones en el mundo. Pero no podemos refugiarnos en la sombra del título que nos identifica con Cristo, porque con respecto a esto, la Biblia nos advierte, y son palabras del propio Cristo, dirigidas a la iglesia: *“Conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, pero estás muerto”* (Apocalipsis 3.1). Por lo tanto, identificarnos con la religión cristiana en sus diversas ramificaciones no garantiza nuestra salvación.

¿CUÁL ES LA VERDADERA RELIGIÓN?

En el mundo existen actualmente más de 300 religiones y credos diferentes. ¿Cuál de ellas es la verdadera? Cada una de ellas reclama ser la “única religión verdadera”. Si es así, entonces estamos en una gran confusión, porque siendo la verdad una sola, ¿cómo pueden existir tantas religiones diferentes que afirman ser la verdadera mientras proclaman “verdades opuestas” y contradictorias entre sí? No pueden existir dos verdades, ni medias verdades, solo hay lugar para la verdad, mucho menos verdades contradictorias. La verdad no es relativa, la verdad es absoluta. La verdad no se inventa, se descubre. Existe independientemente del conocimiento que tengamos de ella o no. La verdad no cambia, incluso si las personas deciden creer en otra cosa. Lo que elijamos creer no cambia la verdad. La verdad no depende de quién la profese ni de quién se oponga a ella. Es posible que existan creencias contradictorias, pero no es posible que existan verdades contradictorias. La verdad sigue siendo verdad, creamos en ella o no. Si algo es verdadero, entonces es verdad en cualquier lugar, tiempo o espacio, y para cualquier persona. Si digo que el emperador Constantino se convirtió al cristianismo en el siglo IV, eso sigue siendo verdad hoy, es verdad en Australia, es verdad en Europa y es verdad incluso para un indígena en la Amazonía o en el corazón de África, incluso si nunca han oído hablar de ello. Aunque otros emperadores no se hayan convertido, no deja de ser verdad que Constantino se convirtió al cristianismo en el siglo IV, y esto no es relativo.

La verdad es opuesta a la mentira; si algo está en oposición a la verdad, no puede ser verdadero ni medio verdadero. ¡Eso es una mentira! Un profesor de filosofía de la universidad afirmaba:

- *La verdad no existe.*
- *¿eso es verdad?* preguntó un alumno, dejando al profesor en silencio.

Hay una antigua historia de la verdad y la mentira que dice que la mentira invitó a la verdad a nadar, la verdad aceptó y ambas entraron en el lago y nadaron por un buen rato. La mentira salió antes, se vistió con la ropa de la verdad y se fue. Cuando la verdad salió del agua, no quiso vestirse con la ropa de la mentira y se fue desnuda. Hoy, la mentira se disfraza de verdad mientras que la verdad va desnuda.

El problema de las personas religiosas en general es que no aceptan la verdad porque esta requiere arrepentimiento. Un cambio de pensamiento, vida, comportamiento y actitud. Aquí es donde entra la mentira, dándonos una alternativa “amigable” donde podemos evitar la verdad manteniendo nuestra conciencia adormecida para convencernos a nosotros mismos de que está todo bien y que Dios tiene un “rinconcito” en el cielo para nosotros, porque al final de cuentas, Dios es bueno. Sí, Dios es bueno, pero no ha dejado de ser santo y justo.

¿Puedes imaginar el cielo con personas practicando todas las religiones? Sería una réplica de la tierra. Imagina el caos que sería, para algunos Dios es una mujer con ocho brazos, para otros Dios es un animal, para otros Dios tiene forma humana, para otros hay muchas deidades y no solo un único Dios. Algunas divinidades a cargo del bien y otras a cargo del mal, todas conviviendo en el mismo plano. Seguramente el cielo no sería el cielo.

Recuerdo que Hitler pertenecía a la religión cristiana, aunque la religión cristiana no tiene culpa de ello, pero es suficiente para reflexionar que la religión, incluso siendo la cristiana, no tiene el poder de cambiar la vida de las personas. ¿Puedes imaginar el cielo con Hitler, Mussolini, Nero? Incluso si estuviera presente la Madre Teresa de Calcuta, no sería suficiente para evitar que ellos formen sus ejércitos para luchar entre sí por el dominio del cielo.

Por eso Jesús fue muy claro cuando dijo que para entrar en el cielo no se necesita religión, lo que se necesita es nacer de

nuevo. *“Jesús respondió y le dijo: En verdad, en verdad te digo que el que no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios.”* (Juan 3.3). ¿A quién le dijo Jesús estas palabras? *“Había entre los fariseos un hombre llamado Nicodemo, un príncipe de los judíos. Este vino a Jesús de noche”.* (Juan 3.1-2). A Nicodemo, un hombre profundamente religioso, en este caso, uno de los líderes y maestros practicantes del judaísmo. En el diálogo, Jesús claramente da a entender que cualquier pecador puede entrar al cielo si nace de nuevo. Si no nace de nuevo, incluso si es el hombre más religioso, no podrá entrar en él. Para que el hombre nazca de nuevo es necesario creer en Jesús y en su obra consumada.

Entonces, ¿qué utilidad tiene la religión para el hombre ante Dios? ¿Cuál es la religión que nos puede hacer nacer de nuevo?

¿Cuál es la religión que nos puede perdonar los pecados?

¿Cuál es la religión que nos puede religar a Dios? ¿Cuál es la religión que nos puede garantizar el cielo?

¿Estás preparado para la respuesta? Pues la respuesta a todas estas preguntas es la misma: ¡Ninguna! Ninguna religión tiene utilidad para el hombre ante Dios. Ninguna religión puede hacernos nacer de nuevo. Ninguna religión puede perdonar nuestros pecados. Ninguna religión puede religarnos a Dios. Ninguna religión puede garantizarnos el cielo. Solamente Jesús, solamente Jesús es la respuesta a todas estas preguntas. *“Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida.”* (1 Juan 5.11-12). A nadie le gusta ser engañado, y por eso muchas veces preferimos negar la propia verdad antes que admitir que durante toda la vida hemos sido engañados y hemos creído en una mentira que nos enseñaron de manera tan convincente.

San Pablo dijo:

“Nadie os juzgue por su aparente humildad y por el culto de los ángeles, envolviéndose en cosas que no ha visto; estando vanamente inflado en su comprensión carnal, según los preceptos y doctrinas de los hombres. Estas cosas tienen cierta apariencia de sabiduría en la adoración voluntaria, la humildad y la disciplina del cuerpo, pero no tienen ningún valor frente a Dios.” (Colosenses 2.18,22-23).

Esto es lo que la religión tiene para ofrecernos. Rituales ricamente elaborados, apariencia de humildad, culto a los ángeles y santos, apariencia de sabiduría y adoración voluntaria, disciplina del cuerpo. Pero no tienen ningún valor frente a Dios.

JESÚS

Para algunos, Él fue un buen hombre que vivió en Judea fuera de su tiempo.

Para otros, Jesús fue un profeta que buscó llevar su mensaje a los hombres para que se acercaran más a Dios. Como el Corán, el libro sagrado para los musulmanes, hace referencia a Jesús:

“Él les dijo: Soy el siervo de Dios, que me ha dado el Libro y me ha designado como profeta. Me ha hecho bendito dondequiera que esté y me ha encomendado la oración y la limosna mientras viva. Y me ha hecho bondadoso con mi madre, sin permitirme ser arrogante o rebelde. La paz está conmigo desde el día en que nací; estará conmigo en el día en que muera y también en el día en que sea resucitado. Este es Jesús, hijo de María; es la pura verdad, aunque dudan de ella. Es impensable que Dios tenga un hijo. ¡Glorificado sea! Cuando decide algo, solo le dice: ¡Sea! y sucederá” (Surah 19.30-35).

La enseñanza musulmana considera a Jesús como uno de sus cinco principales profetas, junto con Abraham, Noé, Moisés y Mahoma, siendo este último la figura principal del islam al que se le habría revelado el “Corán”. Jesús es mencionado 19 veces en este libro sagrado.

Siempre ha habido profetas y hombres piadosos de diferentes religiones, entre los más conocidos están Krishna, Buda, Zoroastro, Confucio y el Dalai Lama, entre muchos otros. Hombres que dejaron su huella en la historia, algunos para el bien y otros, sin embargo, debido al fanatismo religioso extremo e incluso político. De una forma u otra, dejaron su marca en la historia, tuvieron sus seguidores, pero no vivieron para ver la expansión de su ideología por el mundo y cómo algunas personas de diferentes generaciones y culturas adoptaron su línea de pensamiento y creencias.

Para una gran parte de la humanidad occidental, religiosa y no religiosa, Jesús fue el fundador del cristianismo, la

religión más grande del mundo. Esta creencia, sin embargo, ha sido cuestionada por otros, ya que Jesús nunca afirmó tal pretensión ni utilizó ese término mencionado.

Para muchos, Jesús fue un político revolucionario, una promesa de liberación para Israel del yugo romano, pero frustró las expectativas de aquellos que lo veían como un medio para lograr ese fin.

La imagen que muchos proyectan de Jesús es la de un “pacifista” que vino a predicar solo paz y amor, pero esta imagen no se sostiene con su propia predicación.

“Vine a arrojar fuego sobre la tierra; ¡y cuánto desearía que ya estuviera encendido! Pero tengo un bautismo con el que ser bautizado, y ¡cómo me angustio hasta que se cumpla! ¿Creen que vine a traer paz a la tierra? No, les digo, sino división. A partir de ahora, en una familia de cinco miembros estarán divididos tres contra dos y dos contra tres. Estarán divididos el padre contra el hijo y el hijo contra el padre, la madre contra la hija y la hija contra la madre, la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra” (Lucas 12.49-53).

El escritor ateo Christopher Hitchens, autor de “Dios no es grande”, recordaba a los cristianos progresistas que fue Jesús quien confirmó la existencia del infierno.

“En el Antiguo Testamento no se menciona directa ni detalladamente el infierno. No hay mención detallada de nada. El castigo de los muertos no está especificado allí. Es solo cuando aparece Jesús, manso, pacífico y suave, que se introduce con detalle la idea del suplicio eterno por las transgresiones cometidas en la tierra”.

Jesús nunca fue inclusivo con la práctica del pecado; perdonaba a los pecadores que se arrepentían, pero a los demás les advertía que irían al infierno. La idea de que Jesús era amigo de los pecadores fue establecida por sus enemigos, los religiosos de su época, no por Jesús mismo ni por sus seguidores. “Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y decís: ‘Aquí hay un hombre glotón y bebedor de vino, amigo de

publicanos y pecadores”. (Lucas 7.34). Él no era amigo de los pecadores, sino amigo de aquellos que, aunque tuvieran un pasado de pecado, se acercaban a Él con un corazón arrepentido, eran perdonados y aceptados. Cualquiera que se arrepintiera era perdonado y encontraba descanso para su alma.

Siempre les decía a aquellos que lo buscaban: *“Tus pecados te son perdonados”* (Lucas 7.48); *“Hombre, tus pecados te son perdonados”* (Lucas 5.20); *“Hijo, ten ánimo, tus pecados te son perdonados”* (Mateo 9:2). En la casa de un fariseo, defendió a una prostituta que buscó su perdón por sus muchos pecados. Ella lavó sus pies con sus lágrimas y los secó con sus cabellos.

“Cuando vio esto el fariseo que lo había invitado, habló consigo mismo diciendo: ‘Si este fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que lo toca, porque ella es pecadora’. Y respondiendo Jesús, le dijo: ‘Simón, tengo algo que decirte’. Él dijo: ‘Di, Maestro’. ‘Un prestamista tenía dos deudores. Uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Pero como no tenían para pagar, perdonó a ambos. Ahora bien, ¿cuál de ellos lo amará más?’ Simón respondió y dijo: ‘Supongo que aquel a quien perdonó más’. Él le dijo: ‘Has juzgado bien’.

Y volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: ‘¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para los pies, pero ella ha bañado mis pies con lágrimas y los ha secado con sus cabellos. No me diste un beso de saludo, pero ella, desde que entró, no ha dejado de besarme los pies. No ungiste mi cabeza con aceite, pero ella ha ungido mis pies con perfume. Por eso te digo que sus muchos pecados le han sido perdonados’.” (Lucas 7.39-47).

Para el fariseo, esta mujer era solo otra pecadora a la que se debía evitar y de la cual la clase religiosa quería mantenerse alejada. Pero para Jesús, ella formaba parte del propósito de Su vida. La trató con dignidad y la liberó de la carga del pecado que la consumía. “No he venido a llamar a

justos, sino a pecadores, al arrepentimiento” (Lucas 5.32). En este episodio, Jesús deja en claro que el pecado es una deuda que el hombre no puede pagar. En otras palabras, el perdón de los pecados no se puede comprar.

Jesús declaraba a todos los que vivían bajo el pesado yugo del pecado:

“Vengan a mí todos los que están cansados y cargados, y yo les daré descanso. Tomen mi yugo sobre ustedes y aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallarán descanso para sus almas. Porque mi yugo es fácil y mi carga es ligera”. (Mateo 11.28-30)”

En nuestros días, la sensibilidad del “políticamente correcto” se ha extendido por el mundo como un virus, llegando a influir en la teología y en la interpretación de la Biblia. Para “adaptar” a Cristo al pensamiento posmoderno, muchos cristianos “progresistas” han comenzado a reinterpretarlo.

En este tiempo de “iglesias inclusivas” que pretenden incluir a todas las personas no por el arrepentimiento, sino por la aceptación, es importante recordar que Jesús nunca incluyó a todas las personas. En varias de sus enseñanzas afirmó esto:

“No todo el que me dice: ‘Señor, Señor’, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos.” (Mateo 7.21).

“Pero les aseguro que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, mientras que los hijos del reino serán echados a las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y rechinar de dientes.” (Mateo 8.11-12).

“Pero quedará fuera todo aquel que es cobarde, incrédulo, abominable, asesino, inmoral, hechicero o idólatra, y todo el que ama y practica la mentira.” (Apocalipsis 22.15).

Por lo tanto, la idea de que Jesús era un pacifista inclusivo no concuerda con la Biblia.

Para otros, Jesucristo fue una especie de militante socialista primitivo, un perseguido político que fue condenado a muerte por el estado.

El problema es que el documento que más habla sobre Jesús revela lo contrario. Jesús nunca redujo su mensaje al ámbito político. Si bien habló de amar a los enemigos, también habló en términos que hoy serían considerados como un “discurso de odio”. Jesús no vino a promover ninguna oposición política al imperio romano, como algunos intentan entenderlo. Él mismo elogió a un centurión romano que vino a pedir la cura para su siervo. *“En verdad os digo que ni siquiera en Israel he hallado tanta fe.”* (Mateo 8.10). Jesús no le dijo al centurión que desertara del ejército ni que liberara a su siervo, sino que le dijo: *“Vete en paz, y como has creído, así te suceda.”* (Mateo 8.13)

Existen diferentes perspectivas sobre quién fue Jesús. Algunos lo consideran una figura enigmática, pero no más que un “Cristo histórico”.

Para otros, Jesús es una figura “mítica”, fruto de la imaginación humana al intentar crear “el hombre perfecto”. Estas ideas se basan en la falta de documentación existente de esa época, que se debe en parte a la destrucción de Jerusalén y la quema de muchos escritos.

Sin embargo, la gran mayoría lo considera el Mesías, el Cristo “ungido”, esperado y anunciado primero por Dios y a lo largo de los siglos por sus profetas.

Las palabras de Dios escritas alrededor del año 1500 a.C., pero referentes a un tiempo aproximado de 3000 años a.C., dicen:

“Pondré enemistad entre tú y la mujer, y entre tu simiente y su simiente; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar” (Génesis 3.15).

Anunciado y escrito por el profeta Isaías alrededor del año 680 a.C.:

“Por tanto, el Señor mismo os dará señal: he aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel” (Isaías 7.14).

En el año 700 a.C., el profeta Miqueas indicó el lugar de nacimiento del Mesías:

“Y tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad.” (Miqueas 5.2).

Algunos cuestionan la existencia de Jesús tal como lo describe la Biblia, pero piensa conmigo, la historia confirma que miles de personas de todas las clases sociales de esa época dieron su vida por su fe en Él. ¿Darías tu vida por alguien que no existe? ¿Por alguien que nunca conociste? Otros arriesgaban sus vidas cada día al proclamar la salvación y el perdón de los pecados en Jesús. Cuando eran perseguidos, ultrajados y maltratados por causa de su fe, lo consideraban motivo de gran alegría.

“Se fueron, pues, de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre” (Hechos 5.41).

Hoy en día, ¿estarías dispuesto a hacer esto? ¿O hemos pasado al “otro lado”? ¿Hemos dejado de ser perseguidos por nuestra fe en Jesús y ahora perseguimos y ridiculizamos a aquellos que tienen el coraje de nadar contra la corriente, desafiando la doctrina religiosa dominante de nuestros días y declarando abiertamente su fe en Jesús?

Podemos aceptarlo o rechazarlo, pero Él se niega a violar nuestro libre albedrío, nuestro poder de elección.

Otros, al no poder negar su existencia, intentan manchar su carácter. Son muchos los que afirman que Jesús tuvo un romance con María Magdalena fuera de las formalidades del matrimonio, insinuando que Jesús no era más que un hombre inmoral como cualquier otro. ¿En qué se basan para

afirmar esto? En sus propias ideas para manipular las mentes de las almas desorientadas.

¿En qué fue diferente Jesús de los demás líderes religiosos? ¿Por qué los nombres de Buda, Confucio, Dalai Lama o Mahoma no ofenden a las personas en la actualidad? La razón es que ninguno de ellos reclamó ser Dios, como lo hizo Jesús. Esto establece una diferencia esencial entre Jesús y los líderes religiosos. Jesús se identificó como alguien mucho más grande que un profeta o un rey. *“Aquí hay alguien más grande que Jonás; aquí hay alguien más grande que Salomón”* (Mateo 12.41-42). Jesús se presentó como el único camino para que el Hombre se acerque a Dios, la única fuente de perdón y el único camino hacia la vida eterna. Para muchas personas, tal afirmación puede parecer excluyente y radical. Eso fue exactamente lo que pensaron la mayoría de los judíos religiosos de aquel tiempo. Sin embargo, la cuestión no es lo que pensemos, sino quién es realmente Jesús.

Jesucristo fue el único hombre que afirmó ser Dios estando en perfecto juicio. C. S. Lewis, antiguo profesor de la Universidad de Cambridge en Inglaterra (un agnóstico que se convirtió a la fe cristiana y se convirtió en uno de los mayores defensores modernos del cristianismo), desafió a aquellos que quieren convertir a Jesús en un simple ejemplo de moralidad, aceptándolo como un gran maestro de la ética, pero no como divino. Lewis escribió:

“Un hombre que fuera simplemente un hombre y dijera las cosas que Jesús dijo no sería un gran maestro moral. Sería un lunático al mismo nivel que alguien que pretendiera ser un huevo cocido o el diablo en persona. Haz tu elección. O este hombre era, y es, el Hijo de Dios, o es simplemente un loco o algo peor. Puedes intentar silenciarlo porque es un loco, puedes escupirle y matarlo como a un demonio; o puedes postrarte a sus pies y llamarlo Señor y Dios. Pero que nadie venga con condescendencia paternal a decir que no era más que un gran

maestro humano. Él no nos dejó esa opción, y no quiso hacerlo”.

Al final de su vida, Buda afirmó: *“no soy el camino”*; Confucio dijo: *“busquen la verdad”* y Mahoma confesó: *“no entiendo el sentido de la vida”*; pero Jesús afirmó: *“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por mí”* (Juan 14.6).

Jesús enseñó varias veces su identificación con Dios el Padre. *“El que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió”* (Juan 5.23); *“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”* (Juan 14.9); *“Yo y el Padre somos uno”* (Juan 10.30); *“El que me aborrece a mí, aborrece también a mi Padre”* (Juan 15.23).

De hecho, la Biblia atribuye a Jesús características que solo Dios posee: Jesús existe desde el principio, él mismo es el creador del universo: *“En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho»* (Juan 1.1–3); él es eterno: *“Porque un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado, y la soberanía reposará sobre sus hombros; y se llamará su nombre Admirable Consejero, Dios Poderoso, Padre Eterno”* (Isaías 9.6); él posee la vida eterna en sí mismo: *«También sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios y la vida eterna»* (1 Juan 5.20). Jesús no solo demostró ser Dios, sino que también actuó como tal: perdonó pecados: *“Al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: “Hijo, tus pecados quedan perdonados.”* (Marcos 2.5); dejando a los judíos religiosos perplejos, que sabían la ley, sin darse cuenta confirmaban: *“¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?”* (Marcos 2.7), considerando que, según las Escrituras, perdonar pecados es una atribución divina: *“Yo, yo mismo, soy el que borro tus transgresiones por amor de mí, y no me acordaré de tus pecados”* (Isaías 43.25); recibió adoración cuando él mismo había dicho: *“Apártate, Satanás, porque*

escrito está: “Al Señor tu Dios adorarás, y sólo a él darás culto” (Mateo 4.10), fue adorado sin ninguna protesta de su parte: “Entonces los que estaban en la barca vinieron y lo adoraron, diciendo: «Tú eres verdaderamente el Hijo de Dios.»” (Mateo 14.33); “Y he aquí, Jesús se encontró con ellas y las saludó. Ellas se acercaron, asieron sus pies y lo adoraron.” (Mateo 28.9); “El dijo: «Creo, Señor». Y lo adoró” (Juan 9.38); “Tomás le respondió, y le dijo: ¡Señor mío, y Dios mío!” (Juan 20.28).

Nunca sus discípulos, al ser judíos radicalmente monoteístas, y mucho menos Pablo, ampliamente instruido en la escuela de los fariseos, le atribuirían divinidad a Jesús, adorarían a un hombre de Nazaret o lo llamarían Señor, pero eso es precisamente lo que hicieron.

Pablo, el primer inquisidor de la iglesia cristiana, lo reconoce como Dios: “Para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla en los cielos y en la tierra, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Filipenses 2.10–11); “apacentar la iglesia de Dios, la cual él adquirió con su propia sangre” (Hechos 20.28).

¿Cuál es el sentido de eliminar a tal personaje de la vida de las personas, de nuestras decisiones, de nuestra conducta de vida y que nos da esperanza para el futuro? No tiene sentido para aquellos que desean su propio bienestar y el de los demás. Sin embargo, hoy en día son muchos los que hacen esto en todos los campos: en las escuelas y universidades, en las letras, en la política, en la música e incluso en la religión.

Ya en su tiempo, Jesús confrontaba a aquellos que hacían tales cosas diciéndoles:

“Y no queréis venir a mí para que tengáis vida” (Juan 5.40).

Negar a Jesús es suicidio y auto condenación, porque él es la vida y en él está la vida eterna. Él mismo afirmó:

“El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Juan 10.10).

Él vino para darnos vida, la vida eterna. Quien vino para matar y destruir es el enemigo, el maligno, el diablo, el Satanás como tantas veces lo llamó Jesús.

¿Quién tiene la misión de impedir que el Hombre crea en Jesús?

San Pablo responde:

“En los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, que es la imagen de Dios” (2 Corintios 4.4).

San Juan continúa:

“Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas” (Juan 3.19).

¿Será por la misma razón que hoy buscamos forjar pruebas contra la existencia de Jesús y contra la integridad de la Biblia, porque su mensaje no nos conviene?

Un autor anónimo, en el siglo XIX, escribió una página sobre Jesucristo bajo el título “One Solitary Life” (Una vida solitaria).

“Nació en un oscuro pueblo, hijo de una campesina. Creció en otro pueblo, donde trabajó en una carpintería hasta los 30 años. Entonces, durante tres años, fue un predicador itinerante. Nunca escribió un libro. Nunca ocupó ningún cargo. Nunca tuvo una familia o poseyó una casa. No estudió en una universidad. Nunca viajó más de 160 kilómetros del lugar donde nació. No hizo ninguna de esas cosas que generalmente asociamos con la grandeza. Tenía solo 33 años cuando la marea de la opinión pública se levantó en su contra. Sus amigos lo abandonaron. Fue entregado a sus enemigos y soportó el escarnio de un juicio injusto. Fue clavado en una cruz entre dos ladrones. Mientras moría, sus verdugos disputaban su manto, la única propiedad que tenía. Después de muerto, fue colocado en una tumba prestada, por la piedad de un amigo. Diecinueve siglos vinieron

y pasaron, y hoy permanece como el personaje central de la raza humana, el líder de todo progreso de la humanidad. Todos los ejércitos que alguna vez marcharon, todos los barcos que alguna vez navegaron, todos los parlamentos que alguna vez se reunieron, todos los reyes que alguna vez reinaron, juntos, no han tenido el impacto en la vida de los hombres en este planeta como esa única vida solitaria”

(citado por Michael Green en, ¿Who is This Jesus?, pág. 2). “Desde tiempos inmemoriales, a lo largo de los pasillos de la historia, han pasado comandantes, caudillos, dictadores, gobernantes, líderes militares, presidentes, políticos, poetas, genios, artistas, filósofos y teólogos. La mayoría de ellos ha pasado sin dejar información alguna sobre sus logros, destruidos por la mano herrumbrosa del tiempo. Pero el transcurso de las eras no ha tenido ningún efecto sobre Jesucristo. Su vida, tal como está registrada en los evangelios, permanece hoy tan actual como en los días en que él vivió. Por cualquier criterio que adoptemos, él es el personaje central de la historia. Su vida y enseñanzas aún causan un enorme impacto transformador en todos aquellos que se detienen a considerar su carismática e irresistible persona. Sus enemigos han intentado de muchas maneras convertirlo en mito o desfigurar su identidad basándose en descubrimientos arqueológicos forzados o interpretaciones sensacionalistas de ellos; películas y canciones irreverentes, productos de la ficción humana, surgen de vez en cuando. En esto, no se distancian mucho de los enemigos clásicos, los antiguos fariseos, saduceos, herodianos, Anás, Caifás, el Sanedrín, Herodes y Pilatos, que también intentaron en vano destruirlo y silenciarlo. Sin embargo, los enemigos pasan y sus esfuerzos terminan desacreditados, solo despertando en muchos el deseo de conocer mejor a Jesucristo. Jesús sigue teniendo la última palabra sobre Dios, la vida, la muerte, nosotros mismos y la vida eterna. El gran músico en la orquesta de la vida. Jesús es el verdadero arquitecto; la luz que brilla en mí; la roca en la que me apoyo; el compañero constante; el único maestro; la fe dentro de mí; la bendición y

mi vida eterna. Él murió; así puedo vivir. Él es mi firme seguridad. La fuerza cuando me siento débil. El poder dentro de mi corazón, del cual siento los latidos. Él es la sombra que me acompaña. Él es el gran autor, pues escribió el libro de la vida. Él es la respuesta a nuestras luchas y pruebas”.

Jesús no buscaba popularidad ni publicidad; cuando regresó de Egipto, fue a vivir en Nazaret con sus “padres”: “Y vino y habitó en una ciudad llamada Nazaret, para que se cumpliese lo que fue dicho por los profetas, que sería llamado nazareno” (Mateo 2.23). Ningún profeta en la Biblia se refirió a Jesús con este término, pero varios anunciaron que sería menospreciado y considerado por las autoridades religiosas como alguien a evitar. Mateo resume este desprecio de la sociedad al que él sería objeto diciendo: “será llamado nazareno”. Fue por causa de este “sobrenombre” que fue conocido hasta el día de su crucifixión. “Pilato también escribió un título, y lo puso sobre la cruz; y el título decía: Jesús nazareno, el rey de los judíos” (Juan 19.19). Por la misma razón, cuando Nataniel oyó que Jesús era de Nazaret, exclamó: “¿De Nazaret puede salir algo bueno?” (Juan 1.46). El peor lugar para alguien que quisiera popularidad, respeto y aplausos de la sociedad.

Fue en la misma provincia de Galilea donde Jesús inició su ministerio, es decir, entre las personas más rechazadas de la sociedad judía. Judea era la provincia de mayor prestigio, donde se encontraba Jerusalén, la ciudad santa, el templo y el centro de estudios de la Torá. Nadie “bajaba” a Jerusalén, ya que la expresión aplicada a quienes viajaban a Jerusalén era “subir” a Jerusalén o “bajar” de Jerusalén, una expresión utilizada para honrar a Dios. Con el tiempo, la clase sacerdotal y quienes podían vivir allí usurparon el término para sí mismos y comenzaron a menospreciar a los demás que no vivían en Judea. Galilea era la provincia de los ignorantes, olvidados por Dios, la tierra de donde nunca surgió un profeta. “Nicodemo, el que vino a él de noche, el cual

era uno de ellos, les dice: ¿Juzga acaso nuestra ley a un hombre si primero no le oye, y sabe lo que hace? Respondieron y le dijeron: ¿Eres tú también galileo? Escudriña y ve que de Galilea nunca se ha levantado profeta” (Juan 7.50-52). La pregunta de los fariseos, “¿Eres tú también galileo?”, ya llevaba consigo un tono de discriminación para Nicodemo, que formaba parte de la élite sacerdotal, simplemente por pronunciarse a favor de Jesús. Fue allí, en la provincia que todos consideraban “olvidada por Dios”, donde el mismo Hijo de Dios estableció su base y comenzó su ministerio.

Cuando Él resucitó, no apareció ante Pilato ni el Sumo Sacerdote. En cambio, se apareció primero a dos mujeres que fueron al sepulcro para embalsamar el cuerpo, en un tiempo en el que el testimonio de la mujer no tenía ningún valor en la sociedad.

Jesús dignificó a una mujer que, sorprendida en adulterio y arrastrada por las calles, ya tenía su sentencia dictada por sus verdugos, los hipócritas religiosos de su tiempo.

El escritor argentino Jorge Luis Borges afirmó en una conferencia que ningún personaje a lo largo de la historia ha sido tema de tantos escritos como Jesús, a pesar de no haber escrito ningún libro. *“Existen bibliotecas enteras sobre Él”*. Lo único que Jesús escribió y que está registrado fue con su dedo en el suelo de piedra del templo mientras esperaban que Él dijera qué hacer con la mujer adúltera. Su respuesta fue: *“El que de entre vosotros esté sin pecado, sea el primero en arrojar la piedra contra ella”* (Juan 8.7).

Este Jesús que salvó a la adúltera exponiendo la hipocresía de sus acusadores fue el mismo que en vida se resistía a aquellos que se jactaban de su propia justicia.

“No soy como los demás hombres, ladrones, injustos y adúlteros; ni siquiera como este recaudador de impuestos” (Lucas 18.11).

El fariseo se jactaba en el templo. A esos falsos justos, Jesús llegó a llamarlos “sepulcros blanqueados”. Les decía:

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera realmente parecen hermosos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda impureza. Así también vosotros exteriormente parecéis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad” (Mateo 23.27-28).

No obstante, Jesús no dejó de darle a esta mujer una importante recomendación: *“ve y no peques más”* (Juan 8.11), en otras palabras, Jesús perdonó a esta mujer, pero no dejó de recomendarle que cambiara de vida. Ella recibió una segunda oportunidad.

Una cosa es segura: aquella provocación de Jesús, *“el que esté sin pecado que tire la primera piedra”*, dirigida a los hombres que querían apedrear a la mujer, no fue silenciada y sigue resonando a lo largo de los siglos como un llamado de atención a nuestras conciencias de aprendices de inquisidores. Jesús amaba a los despreciados de la sociedad de tal manera que después de encontrarse con Él, la esperanza llenaba sus almas y no resistían corregir el estilo de vida que llevaban.

Él valoró a un hombre odiado y rechazado por toda la sociedad, cuyo nombre era Zaqueo, que en hebreo significa «puro, justo». Sin embargo, todo era lo contrario: recaudador de impuestos, es decir, ejercía un cargo público de cobrador de impuestos. Los recaudadores de impuestos eran odiados por los judíos, quienes los veían como traidores de su propio pueblo, trabajando para el invasor. La clase de los recaudadores estaba prohibida de entrar en las sinagogas y, por lo tanto, impedidos de adorar a Dios. Sabemos por las palabras de Zaqueo mismo que había defraudado a muchos, es decir, había cobrado impuestos indebidos. Por todo esto, era odiado y discriminado por las autoridades judías y religiosas. Pero Jesús lo consideró lo suficiente como para pedir posada en su casa. Su comportamiento de vida no fue un problema para Jesús, y

Zaqueo lo recibió calurosamente, y ante la ausencia de condena o juicio, su interior experimentó una transformación inmediata que se manifestó en su vida y comportamiento. Jesús no lo reprendió ni lo acusó de ningún defecto, pero el amor expresado por Él fue suficiente para que Zaqueo decidiera voluntariamente devolver cuatro veces más todo lo que había robado y renunciar a la mitad de su fortuna para ayudar a los más necesitados. Su actitud reveló su arrepentimiento, y por eso Jesús declaró:

“Hoy ha venido la salvación a esta casa, por cuanto él también es hijo de Abraham” (Lucas 19.9).

Jesús hizo por los pecadores lo que la religión nunca pudo hacer en toda su vida, llevarlos al arrepentimiento, cambio de pensamiento y conducta.

Acusado de relacionarse con pecadores, Él declaró su misión:

“No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento” (Lucas 5.32).

Jesús se detuvo para prestar atención a un ciego sentado en el suelo. “Bartimeo, hijo de Timeo”, destaca San Marcos, el escritor del evangelio que lleva su nombre, demostrando que se trataba de un hombre con familia y cuyo padre era conocido en la sociedad judía de aquel tiempo. Sin embargo, Bartimeo no era reconocido por sus logros o dignidad, sino por el nombre de su padre. *“Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí”* (Marcos 10.47), gritaba el pobre hombre en la oscuridad en la que vivía. Al no recibir una respuesta inmediata, continuó con su clamor cada vez más intenso: *“¡Hijo de David, ten misericordia de mí!”*. Al notar su persistencia, los que lo rodeaban lo reprendían y querían silenciarlo, como si fuera insignificante y no lo suficientemente digno como para que Jesús dejara lo que estaba haciendo y le prestara atención. Sin embargo, Jesús rápidamente demostró lo contrario y lo hizo llamar. Tan pronto como Bartimeo escuchó que Jesús lo había mandado

llamar, se levantó y, guiado por aquellos que lo buscaron, se acercó a Jesús. Respondiendo a la pregunta que Jesús hizo: “¿Qué quieres que haga por ti?”, aparentemente una pregunta con una respuesta obvia, Jesús no dejó de hacerla, lo que nos da a entender que, aunque Él conozca nuestras necesidades, somos nosotros quienes debemos pedir lo que necesitamos. Bartimeo no pidió un nuevo bastón, ni unas sandalias o un perro guía; decididamente, Bartimeo le pidió que pudiera volver a ver. Entonces Jesús dio la orden: “*Ve; tu fe te ha salvado*” (Lucas 18.42). En ese mismo instante, su visión le fue restituida como antes. Al recuperar su visión, también recuperó su dignidad y la esperanza de una nueva vida, ya que ya no tendría que mendigar para sobrevivir.

Jesús esperó a una mujer de mala reputación junto al pozo de la ciudad de Sicar en Samaria. Rompiendo todas las reglas sociales y protocolos de la época, e incluso cruzando la barrera de discriminación entre judíos y samaritanos, ya que unos no se comunicaban con los otros. La discriminación era tal que, entre los judíos, cuando querían ofender a alguien, lo llamaban “samaritano”. Le dijeron eso a Jesús para ofenderlo: “¿No decimos bien nosotros que tienes demonio? Samaritano eres tú” (Juan 8.48). Sin embargo, Jesús desestimó la barrera racial y valoró a esa mujer samaritana. También ella vio cómo su vida dio un giro después de conocer a Jesús. Había tenido cinco maridos y actualmente vivía con un hombre que no era su marido, lo que explicaba por qué se dirigía al pozo a la hora sexta, la hora más calurosa del día, y que ninguna mujer lo hacía, pero ella huía de las miradas acusadoras de los demás, de los chistes y sonrisas despectivas por su conducta de vida. Sin embargo, eso no fue un problema para Jesús. Todo lo que le dijo tenía como objetivo hacer que aquella mujer creyera en Él, y en cuanto ella se dio cuenta de quién era el que le pidió “*dame de beber*”, su alegría fue tanta que, sin poder contenerse, dejó el cántaro en el pozo y corrió a la ciudad para compartir su alegría con los demás. El Mesías estaba

junto al pozo de Jacob, *“Venid, ved a un hombre que me dijo todo lo que he hecho. ¿No será este el Cristo?”* (Juan 4.29). Al principio de la narrativa, ella tenía el agua y Jesús tenía sed, *“dame de beber”* (Juan 4.7). Al final, la situación se invirtió y Jesús tenía el agua y ella tenía sed, *“dame de esa agua para que nunca más tenga sed”* (Juan 4.15).

La ciudad salió en masa para escuchar y ver al esperado Mesías. Esta mujer era rechazada por la sociedad y, sin embargo, a través de ella, toda una ciudad se rindió al Salvador. Aquí Jesús no realizó ningún tipo de milagro, pero creyeron en Él solo por haber escuchado lo que dijo y por lo que vieron en Él. Ellos mismos dieron testimonio de esto diciendo:

“Ya no creemos por lo que tú dices, porque nosotros mismos lo hemos oído, y sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo” (Juan 4.40-42).

Para Jesús, todas las personas eran igualmente importantes, creadas a imagen y semejanza de Dios, judíos o no, religiosos o no. Él hizo a todas las razas y todos son iguales ante Él, por lo que atendió a todos sin importar su religión, nacionalidad, etnia o estatus social.

Pedro era un hombre rudo, pescador de profesión desde su infancia, como era costumbre aprender los oficios de los padres en aquel tiempo. Después de haber trabajado arduamente toda la madrugada sin éxito alguno. Como cualquier hombre cabeza de familia, Pedro tenía a su esposa y su hogar que mantener. Las Escrituras no mencionan el nombre de la esposa de Pedro, pero dicen que *“la suegra de Pedro estaba acostada con fiebre”* (Marcos 1.30). Además, San Pablo se refiere en una de sus cartas a San Pedro (Cefas) llevando a su esposa en sus viajes misioneros: *“¿Acaso no tenemos derecho a llevar con nosotros a una hermana como esposa, como hacen los demás apóstoles y los hermanos del Señor y Cefas?”* (1 Corintios 9.5). Ese día, Pedro no tenía pescado para vender en la subasta del mercado, por lo que volvería a

casa con las manos vacías, él y sus compañeros. Sin embargo, Jesús no lo menospreció sabiendo qué tipo de hombre era. Para un judío de la época, la falta de alimento era señal de maldición. Pedro y los demás se preguntarían por qué estaban bajo maldición. ¿Por qué Dios dejó de bendecirlos? ¿Por qué Dios los estaba castigando? Como es característico del pensamiento religioso, se cuestionarían qué mal habían hecho para recibir tal castigo. En este escenario de frustración y desánimo, Jesús entra en escena y sin casualidad alguna, le pidió prestado el barco a Pedro para enseñar a la multitud. Al terminar su mensaje, desafió a Pedro a regresar al mar y echar las redes para pescar. Pedro dudó un poco, no por incredulidad, sino porque la tristeza y la frustración aún dominaban sus emociones. Sin embargo, acudió al desafío del Maestro, sin saber todavía de quién se trataba. Sabemos que Pedro estaba desesperado por la falta de pesca ese día. De lo contrario, después de lavar las redes, no se daría el trabajo de ensuciarlas nuevamente, y habría respondido: *“Hoy no hago más nada, mañana es un nuevo día”*. Sin embargo, Pedro aceptó la propuesta de Jesús y, después de ver lo que sus ojos contemplaron, una pesca maravillosa como nunca antes había visto, reconoció su condición de indigno y pecador. Mirando a Jesús, el mensajero de Dios, y sabiendo que no era digno de tal gracia, le pidió a Jesús: *“Señor, apártate de mí, porque soy un hombre pecador”* (Lucas 5.8). La imagen que Pedro tenía de sí mismo no fue un problema para Jesús, al contrario, ante el temor que Pedro sintió en ese momento, Jesús le hizo una invitación que cambiaría su vida para siempre:

“No temas, de ahora en adelante serás pescador de hombres”
(Lucas 5.10).

Si quisiéramos describir la diferencia que Jesús hizo en la vida de aquellos que se encontraron en su camino, nos faltarían hojas suficientes para relatar todos los testimonios. En cuanto a las personas que no eran valoradas

por nadie, para ellas, Jesús siempre tenía tiempo, cariño y entusiasmo para compartir.

En su encuentro nocturno con Nicodemo, lo sorprendió al deshacer de una sola vez toda la teología religiosa de ese importante líder judío. Mientras Nicodemo representaba a un grupo de judíos religiosos, pues dijo: *“Sabemos que has venido de Dios como maestro”* (Juan 3.2). Jesús lo trató como a un incrédulo, con una necesidad fundamental: *“Es necesario que nazcáis de nuevo”*. Lo que le estaba diciendo a Nicodemo se lo estaba diciendo al grupo religioso que él representaba. El viejo fariseo se presentó inicialmente como “sabemos”, pero a partir del versículo cuatro, comienza a revelar su ignorancia, y a partir del versículo diez, Nicodemo se remite al silencio, pues se da cuenta de que Jesús es realmente quien sabe.

Él atendió la solicitud del centurión romano que no se consideraba digno siquiera de recibir a Jesús bajo su techo, pero quedó claro en el diálogo que Jesús estaría dispuesto a entrar en su casa a pesar del prejuicio de un judío de no entrar en la casa de un gentil, que era la palabra usada para describir a alguien que no conocía a Dios.

Estos prejuicios no eran un problema para Jesús. Él valoraba a las personas por su corazón y no por la opinión de los demás.

Él respondió a la intercesión de una mujer cananea. Los cananeos eran un pueblo enemigo de los judíos, tenían sus propios dioses y costumbres completamente opuestas a la Ley de Moisés. Aunque esta mujer no tenía la fe preparada para recibir lo que estaba pidiendo, Jesús la puso a prueba llevándola a persistir en su intención y viendo hasta dónde estaría dispuesta a llegar por su milagro. Con esto, su fe fue perfeccionada hasta alcanzar el punto en el que debía estar para poder recibir la respuesta a su clamor: *“¡Señor, ten compasión de mí! Mi hija está endemoniada y sufre terriblemente”* (Mateo 15.22).

Interrumpió su enseñanza a la multitud para atender el clamor de Jairo, un padre desesperado cuya hija estaba moribunda. Dejó lo que estaba haciendo para ir con Jairo a su casa. En el camino, incluso tuvo tiempo de escuchar a una mujer que, al tocar su manto, fue sanada de una hemorragia que duraba ya doce años. Se dice que ella le contó toda la verdad, la verdad de doce años de sufrimiento. Jairo está desesperado y el reloj juega en su contra, su hija está moribunda y Jesús lo sabe. ¿Puedes percibir la presión a la que Jairo estaba sometido en ese momento? Aquí llegan los funcionarios de la casa de Jairo con la triste noticia de que ya es demasiado tarde, su hija acaba de fallecer. Parece ser que Jesús perdió tiempo que era precioso. Jairo experimenta una mezcla de sentimientos aterradores, el dolor por la muerte de su hija aun siendo una niña, con tan solo doce años, que nació el mismo año en que esta mujer con flujo de sangre enfermó, y que muere el día en que esta mujer es sanada. Al mismo tiempo, Jairo piensa que todo esto podría haber sido evitado si Jesús no hubiera sido detenido por esa mujer en el camino.

Ella no solo lo tocó, sino que también se puso a hablar y a contar toda su historia. Si no fuera por ella, Jesús habría llegado a tiempo para salvar a su hija, pero ahora es demasiado tarde y no queda nada más que llorar, enterrar a la niña y su alegría junto con ella.

Es en este momento que Jesús muestra a Jairo que, al prestar atención a esa mujer que también necesitaba de Él, no se olvidó de su hija, y lo que para los hombres sería demasiado tarde no lo es para Dios ni para aquel que cree.

“Jesús, al oírlo, le respondió: No temas; cree solamente, y será salva” (Lucas 8.50).

Para Dios, el bien de unos no tiene necesariamente que ser el mal de otros. Este episodio termina con Jesús devolviendo a Jairo a su hija viva y en perfecto estado de salud.

“Y tomándola de la mano, le dijo: Talita cumi (que traducido es: Niña, a ti te digo, levántate). Y al instante la niña se levantó y andaba, pues tenía doce años; y se llenaron de gran asombro” (Marcos 5.41-42).

Jesús atendió a todos. Nunca usó sus dones y virtudes para beneficio propio, no convirtió piedras en pan para sí mismo, pero convirtió agua en vino para suplir las necesidades de otros, multiplicó panes y peces, sanó enfermos y expulsó demonios, bendijo a los niños y restauró a un número incontable de personas sin importar su raza, nacionalidad, creencia religiosa o estatus social, como ningún otro en la historia.

Sus manos siempre estuvieron al servicio del bien de los demás y fueron estas mismas manos las que, más tarde, lo perforaron como si fuera un criminal y su crimen fue, sin embargo, el gran amor con el que amó a aquellos que no eran amados. Lo dio todo por aquellos que nada dieron por Él. Los mismos que formaron la mayoría en esa mañana cuando gritaron: “¡Crucifícalo!”. Por eso, basar tu fe solo en la religión más grande del mundo no garantiza necesariamente que estés del lado de la verdad. Aquí vemos que el dicho popular: “La voz del pueblo es la voz de Dios”, no es verdadero.

Para muchos, Jesús no es más que un Cristo histórico, una figura con su importancia, pero mítica y enigmática además para que valga la pena considerar. Sin embargo, el misterio se vuelve fascinante y no deja de ocupar su lugar en la mente humana y en lo más profundo de cada corazón que busca sinceramente el significado de la vida.

Otros, hasta el día de hoy, lo comparan con un personaje controvertido, aunque la controversia no está realmente en Jesús, sino en aquellos que, al anunciar su mensaje, ni siempre son fieles al modelo original.

Jesús, el consolador de los despreciados por la sociedad establecida, también sabía usar su ira contra aquellos que se

constituían en jueces implacables de su prójimo.

Mostró su ira ante la explotación de los devotos que peregrinaban al templo de Jerusalén para hacer sus ofrendas a Dios, volcó las mesas de los mercaderes y cambistas que explotaban su devoción:

“Mi casa será llamada casa de oración; pero vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones” (Mateo 21.13).

Al ser arrestado, abandonado por sus amigos y traicionado por uno de ellos, Él fue entregado a sus enemigos. Enfrentó el sarcasmo y la burla de un tribunal injusto e irregular, manteniendo total autocontrol y dignidad. Pilatos pretendía ejercer autoridad sobre Él, pero en una única afirmación, Jesús destruyó la ilusión del prepotente gobernador romano: *“Ninguna autoridad tendrías sobre mí, si no te fuera dada de arriba”* (Juan 19.11).

INCOMPARABLE EN EL NACIMIENTO, LA VIDA Y LA MUERTE

La forma en que Jesús fue concebido ya lo diferencia de todos los mortales comunes. No fue engendrado por la semilla natural humana como tú y yo:

“María le preguntó al ángel: ¿Cómo será esto, puesto que no tengo relación con hombre alguno? Respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo que nacerá será llamado Hijo de Dios” (Lucas 1.34-35).

Jesús fue engendrado por la acción divina. Fue así para que no fuera contaminado por el pecado de Adán. Necesitaba estar libre de la contaminación del pecado para poder rescatarnos. En todos los demás aspectos, Él fue humano como nosotros.

Su nacimiento en un establo y siendo acostado en un pesebre como su primera cuna, era un lugar completamente inadecuado para el nacimiento de un rey. ¿No merecía Él algo mejor? Sí, pero las posadas estaban llenas y no había lugar para que el Salvador naciera. Al igual que la vida de muchos hoy, llena de todo y más, lujos, riquezas, religión y tantas otras cosas, que no encuentran lugar en su vida para Jesús.

Podría haber nacido en Jerusalén, beneficiándose de mayor prominencia y siendo visto por personas importantes, pero eso era precisamente lo que Él no quería. Por el contrario, eligió la pequeña ciudad de Belén. Observa su condición de sangre: eligió nacer como un “bastardo”, marcado por el estigma de ser concebido fuera del matrimonio. En aquel tiempo, eso era suficiente para ser rechazado por la sociedad durante toda la vida. Si quisieras ser reconocido por la sociedad, ciertamente no elegirías este tipo de origen.

La venerada pureza de sangre de la tradición judía fue completamente desconsiderada. Su línea de ancestros fue

comprometida por Tamar, una mujer que concibió del suegro Judá; por Rahab, una prostituta cananea de Jericó; por Rut, la moabita; y por Betsabé, una mujer casada que concibió del rey David. La gente en general se enorgullece de sus ancestros importantes, pero Jesús descartó el linaje inmaculado. No consideró a las personas por su grado de perfección, sino por su fe. En armonía con esto, ¿quién fue testigo de su nacimiento? Pasó por alto a todas las celebridades de la época para anunciarse a unos pastores, personas no solo sencillas, sino consideradas de mala reputación en la religión dominante de ese tiempo.

Jesús siempre evaluó a las personas desde un prisma completamente diferente al nuestro. En su grupo más íntimo, reunió a un zelote (un grupo de rebeldes radicales contra la presencia romana), a un recaudador de impuestos (un publicano al servicio de Roma), a un pescador analfabeto que tenía poco control sobre su temperamento, a dos hermanos pescadores también conflictivos, a quienes llamaban “hijos del trueno”, a un incrédulo y a un avaro. Una combinación explosiva y poco confiable o recomendable para aquellos que deseen cumplir una misión con éxito y darla a conocer al mundo.

Su doctrina es un paradojo para la mente humana: *“Los primeros serán los últimos”; “los últimos serán los primeros”; “los mansos heredarán la tierra”; “da para que tengas”; “los que se humillan serán exaltados”; “los que pierdan su vida son los que viven”; “bienaventurados los humildes de espíritu”; “los que lloran serán consolados”; “los débiles son fuertes”; “los que pierden ganan”; “el que sirve es mayor”; “el que se humilla crece”*.

¿Qué rey se dejaría crucificar por su pueblo? Los reyes y todos aquellos que están dominados por la sed de poder sacrifican a sus súbditos y a todos aquellos que se opongan en su camino.

¿Qué tipo de rey lavaría los pies de sus siervos? ¿Qué gobernante se asociaría libremente con los miembros más

humildes y rechazados de la sociedad? Jesús se acercó a los pobres y humildes y compartió comidas con ellos. Jesús partió el pan con aquellos que lo recibieron, conversó con aquellos con quienes nadie hablaba. Tocó a los intocables y marginados de su época. Él fue Rey, pero su trono fue la ruda cruz. No tenía siervos, sino amigos, “*os he llamado amigos*” (Juan 15.15). Cuando Juan el Bautista le mandó preguntar: “*¿Eres tú el que había de venir, o esperamos a otro?*” (Lucas 7.19), la prueba que Jesús presentó fue el servicio en favor de los pobres, necesitados y enfermos.

Si Jesús fuera producto de una mente poética de la época, difícilmente, por no decir imposible, alguien compraría el libro. ¿Quién retrataría de esta forma a su mayor héroe y esperaría que las personas se identificaran con Él, más aún, que quisieran ser como Él?

Nadie podría inventar un personaje como Jesús. Eso sería un milagro mayor que su propia vida. La complejidad, riqueza y profundidad de su personalidad están por encima de la capacidad humana para siquiera imaginar a alguien así.

Cuando murió, colgado entre el Cielo y la Tierra, pocas personas lo lloraron, pero el sol se ocultó por tres horas y la tierra tembló por la muerte de su creador. Cuando nació, hubo luz a la medianoche, una estrella iluminó el lugar donde estaba. ¡Cuando murió, hubo tinieblas al mediodía! El velo que ocultaba el lugar más íntimo del templo, donde estaba el arca del pacto, la presencia de Dios, se rasgó de arriba abajo, mostrando que Dios mismo puso fin a ese formalismo religioso.

En el momento de su mayor dolor, Él realizó su mayor milagro. En la persona de los dos ladrones, uno a su izquierda y otro a su derecha, toda la humanidad estaba representada allí. Uno se arrepintió de sus pecados y reconoció a Jesús como Señor y Rey: “*Señor, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino*” (Lucas 23.42). El otro, incluso en la hora de su muerte y sin tener nada más que perder,

rechazó el arrepentimiento: “¿No eres tú el Cristo? Sálvate a ti mismo y a nosotros” (Lucas 23.39).

Al verlo así, completamente desnudo, agonizando, abandonado por el Cielo y en la Tierra, podemos preguntar: “¿Quién es este?” como un reflejo, nos vemos llevados a responder: “Este es el Hijo de Dios, el Mesías y Salvador del mundo”. ¡Sí, sin duda alguna! Pero, para completar la respuesta, este soy yo, eres tú, en la persona de nuestro sustituto.

En la escena de la crucifixión representada en pinturas a lo largo de los siglos, estamos acostumbrados a ver las partes íntimas de Jesús cubiertas por un manto blanco. Sin embargo, esto fue invención de artistas medievales, para poder exhibir a Jesús en su martirio sin restricciones. Los expertos en la macabra arte de la ejecución en la cruz, los romanos dejaban a los condenados completamente desnudos, como un acto final de exposición en vergüenza pública. Pero todo lo que la multitud en aquel día frente a la cruz despreció, escarneció y maldijo en Jesús, solo estaban despreciando, escarneciendo y maldiciendo a sí mismos. Nadie se engañe, el personaje de la cruz tiene nuestro rostro. Él estaba allí en nuestro lugar. “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5.21).

Su resurrección es otra distinción incomparable con los fundadores de las grandes religiones en el mundo. Todos ellos murieron y sus restos mortales permanecen en la tierra hasta hoy, pero Jesús dejó la tumba vacía. Él mismo predijo su muerte y resurrección.

“Porque enseñaba a sus discípulos y les decía: El Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres, y le matarán; pero después de muerto, resucitará al tercer día” (Marcos 9.31).

Sus discípulos no entendían estas palabras, San Pedro intentó disuadirlo y fue duramente reprendido por Jesús. En

cuanto a los demás, ninguno de ellos creía que eso fuera posible, hasta que lo vieron resucitado y aún así pensaban que estaban viendo un fantasma. Dos de ellos, después de la crucifixión, regresaron a su tierra “Emaús” para retomar la vida que tenían antes. Pedro volvió a la pesca con Santiago y Juan, el oficio que ejercían antes de seguir a Jesús. Otros estaban encerrados con miedo a la persecución de los líderes religiosos judíos y, incluso después de verlo vivo después de su resurrección, les costó creer que fuera real, al punto de que Tomás afirmó que solo creería si veía y tocaba sus llagas. Después de verlo, hablaron y comieron con Él. Arriesgaron su vida por esta noticia. Si no estuvieran seguros de la resurrección de Jesús, nunca habrían anunciado tal noticia, sabiendo que podrían sufrir represalias e incluso la muerte a manos del poder religioso de ese tiempo, lo que realmente sucedió, pero aún así no se callaron, como ellos mismos decían: *“No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído”* (Hechos 4.20), perseguidos por el poder religioso instituido que tenía una versión propia para combatir lo sucedido.

“Y, habiéndolos reunido con los ancianos y habiéndose consultado, dieron una gran cantidad de dinero a los soldados, diciendo: Decid: Sus discípulos vinieron de noche y lo robaron mientras dormíamos. Y si esto llega a oídos del gobernador, nosotros lo convenceremos y os pondremos fuera de apuros. Y ellos, tomando el dinero, hicieron como se les había instruido. Esta historia se ha difundido entre los judíos hasta el día de hoy” (Mateo 28.12-15).

San Pedro predicó esta noticia a los oídos de toda Jerusalén:

“A este que fue entregado por el determinado consejo y anticipación de Dios, vosotros lo matasteis, clavándole en la cruz por manos de inicuos. Pero Dios le resucitó, soltando los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella” (Hechos 2.23-24).

“Y matasteis al Autor de la vida, a quien Dios ha resucitado de los muertos, de lo cual nosotros somos testigos” (Hechos 3.15).

San Pedro afirmó acerca de Jesús: “somos testigos de su resurrección”, lo que ninguna religión podría afirmar jamás de su fundador. Cuando los discípulos comenzaron a ser perseguidos por el poder religioso para que no anunciaran más la resurrección de Jesús ni enseñaran la doctrina cristiana, esta fue su respuesta:

“Pero Pedro y Juan les respondieron: Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios; porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído” (Hechos 4.19-20);

“¿Acaso no os advertimos expresamente que no enseñarais en ese nombre? Sin embargo, habéis llenado Jerusalén de vuestra doctrina y queréis hacer recaer sobre nosotros la sangre de ese hombre. Pero Pedro y los apóstoles respondieron: Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres. El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús” (Hechos 5.28-30).

Nadie se expondría al peligro e incluso a la muerte por una mentira. Si no estuvieran convencidos de la resurrección de Jesús, nunca lo habrían hecho.

ANTES DE SER, YA EXISTÍA

El nombre de grandes personajes de la historia ha aparecido y desaparecido a lo largo del tiempo, pero el nombre de Jesucristo permanece para siempre. Incluso el calendario se basa en su nacimiento. Herodes no pudo matarlo, el diablo no pudo seducirlo, la muerte no pudo corromper su cuerpo y la tumba no pudo retenerlo, ni el infierno pudo retenerlo. Según todos los criterios de evaluación, Jesús es el personaje central de la historia humana.

Él mismo afirmó existir antes de que naciera el patriarca Abraham: *“Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham existiera, Yo Soy”* (Juan 8.58). Al usar la expresión “Yo soy”, Jesús afirma su ausencia de tiempo y usa la misma expresión que solo es usada por Dios y por la cual Dios se reveló a Moisés.

“Y respondió Dios a Moisés: Yo Soy El Que Soy. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: Yo Soy me envió a vosotros” (Éxodo 3.14).

¿Cómo explicar esto? Los fariseos querían apedrearlo por tal afirmación. Abraham nació alrededor del 1948 a.C. ¿Es verdadera esta afirmación de Jesús o mintió?

San Pedro afirmó:

“El no cometió pecado, ni en su boca se halló engaño” (1 Pedro 2.22).

Jesús también se refirió varias veces a su descenso del cielo:

“Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió” (Juan 6.38);

“Yo soy el pan que ha descendido del cielo” (Juan 6.41);

“Porque el pan de Dios es aquel que desciende del cielo y da vida al mundo” (Juan 6.33);

“Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo” (Juan 8.23).

Por lo tanto, Jesús no comenzó a existir cuando nació en Belén. San Juan escribió sobre este tema:

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho” (Juan 1:1-3).

El término “el Verbo” se refiere a Jesús porque dice en el versículo 14: *“Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad”* (Juan 1.14).

San Pablo también dijo lo mismo:

“Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda la creación; porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten” (Colosenses 1.15-17).

Jesús es, solo por esto, incomparable con cualquier fundador religioso. Todos los fundadores de las grandes religiones de la tierra pertenecen a la clase humana como criaturas. Jesús, sin embargo, ocupa la clase divina como el Creador.

El Nuevo Testamento no deja ninguna duda sobre su identidad:

Él es Dios encarnado (Juan 1.14);

El Creador (Juan 1.3-10);

El Mesías (Juan 1.41);

El Buen Pastor (Juan 10.11);

La Luz del mundo (Juan 8.12);

El Pan de vida (Juan 6.35);

La Puerta de las ovejas (Juan 10.7);

La Resurrección y la Vida (Juan 11.25);

Él es el Camino, la Verdad y la Vida (Juan 14.6);

El Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Juan 1.29);

El único Fundamento de la iglesia (1 Corintios 3.11);

La Piedra angular (Efesios 2.20);

El Rey de reyes y Señor de señores (Apocalipsis 19.16);

El Alfa y la Omega (Apocalipsis 21.6).

Dios se hizo hombre en un mundo donde los hombres quieren ser dioses.

POR DETRÁS DE LA CORTINA DE LAS APARIENCIAS

Él sabía que había llegado la hora y el momento por el cual había venido al mundo, y que debía cumplir la misión que le había sido encomendada:

“Ahora mi alma está turbada, ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Pero para esto vine a esta hora.” (Juan 12.27).

Cada acontecimiento en la vida de Jesús no ocurrió por mera casualidad. Desde su nacimiento hasta su muerte redentora en la cruz y resurrección, todo se hizo por nosotros y en nuestro beneficio. No tenía necesidad de pasar por todo lo que pasó en beneficio propio, sin embargo, lo hizo porque no había otra forma de cumplir con toda la justicia. El escenario del calvario es, nada más y nada menos, que un acto jurídico aplicando justicia. No la justicia de este mundo, sino la justicia de Dios.

Jesús se ofreció para sustituir a cada ser humano. La deuda que no podríamos pagar fue completamente saldada por él, quien fue en todo nuestro sustituto legal, para pagar el precio de la Redención, Salvación y Liberación. Él asumió nuestra deuda, como está escrito: *“Se entregó a sí mismo por nosotros, en ofrenda y sacrificio a Dios.”* (Efesios 5.2). La deuda que no era suya la tomó como si lo fuera y asumió la pérdida.

“habiendo cancelado el documento de deuda que consistía en decretos contra nosotros y que nos era adverso, lo quitó de en medio, clavándolo en la cruz.” (Colosenses 2.14).

La deuda fue pagada y la justicia consumada. Legalmente, el Hombre fue redimido y reconciliado con Dios.

PROFECÍAS CUMPLIDAS POR ACCIÓN DE TERCEROS

Algunos más escépticos pueden pensar que los escritores del Nuevo Testamento estudiaron las profecías y luego fabricaron la historia de Jesús de acuerdo con ellas. El problema con esto es que algunas de estas profecías se cumplieron por acción de terceros que no tenían conocimiento de tales profecías ni tampoco estaban interesados en ellas.

La primera profecía cumplida por acción de terceros fue que Jesús nació en Belén de Judea. Jesús nació en Belén porque César Augusto, el emperador de Roma, decretó un censo de la población en la ciudad donde cada uno había nacido. Este decreto coincidió con el final del embarazo de María. Fue por esta razón que José y María fueron a Belén de Judea, la ciudad de donde era José. Así se cumplió lo que el profeta Miqueas había dicho en el 710 a.C.:

“Y tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que ha de ser gobernante en Israel.” (Miqueas 5.2).

El médico e historiador Lucas, autor del evangelio que lleva su nombre y del libro histórico de “Hechos”, no fue seguidor de Jesús ni lo conoció personalmente. El motivo de su evangelio fue informar a un noble rico sobre las cosas que había oído sobre Jesús.

“Conforme a lo que nos transmitieron los que desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra, también a mí me pareció conveniente, después de haber investigado todo con diligencia desde el principio, escribírtelo por orden, excelentísimo Teófilo.” (Lucas 1.1-3).

El Dr. Lucas hizo un trabajo de investigación para conocer los hechos, no cuentos e ilusiones. Terminó convirtiéndose y fue colaborador en el ministerio de San Pablo y autor del libro histórico de “Hechos de los Apóstoles”, como mencioné antes.

La segunda profecía que se cumplió por acción de terceros fue la masacre de los inocentes. Este evento fue ordenado por Herodes el Grande, para eliminar la amenaza del nacimiento del “rey de los judíos”. Esta masacre fue predicha por el profeta Jeremías en el 605 a.C.:

“Se ha oído una voz en Ramá, llanto y lloro amargo. Raquel llora a sus hijos, y no quiere ser consolada, porque ya no existen.” (Jeremías 31.15).

Un antiguo escritor llamado Ambrosio Teodosio Macrobio (circa 395-423 d.C.) escribió:

“Cuando [el emperador Augusto] escuchó que entre los niños menores de dos años que el rey Herodes había ordenado matar también estaba su propio hijo, dijo: ‘Es mejor ser el cerdo de Herodes que su hijo.’ Este escritor no sabía nada sobre la profecía, simplemente escribió en sus crónicas el comentario de César Augusto.

La tercera profecía que se cumplió por acción de terceros fue el hecho de que Jesús fue menospreciado por su propia familia:

“Pues ni aun sus hermanos creían en él.” (Juan 7.5)

Sin darse cuenta, ellos mismos estaban cumpliendo la palabra del profeta y rey David, en el 1000 a.C.:

“Me he convertido en un extraño para mis hermanos, y en un desconocido para los hijos de mi madre.” (Salmo 69.8)

La cuarta profecía que se cumplió por acción de terceros fue lo que el pueblo proclamó cuando Jesús, unos días antes de la Pascua, entró en Jerusalén.

“Y la multitud que iba delante y la que iba detrás clamaban, diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!” (Mateo 21.9)

El pueblo clamó estas palabras sin tener conocimiento de que estaban cumpliendo lo que Jesús mismo les había dicho a los escribas y fariseos algunas semanas antes.

“Pues os digo que desde ahora no me veréis más, hasta que digáis: ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!” (Mateo 23.39)

La quinta profecía que se cumplió por acción de terceros fue el hecho de que Jesús fue vendido por treinta piezas de plata. Tal como lo había dicho el profeta Zacarías en el 470 a.C.:

“Y me dijeron: ¿Qué te parece darme por mi salario? Y me pagaron treinta piezas de plata.” (Zacarías 11.12)

No fue una coincidencia cuando los fariseos le dieron a Judas treinta piezas de plata como recompensa por entregar a Jesús.

“Y les dijo: ¿Qué me queréis dar, y yo os lo entregaré? Y ellos le asignaron treinta piezas de plata.” (Mateo 26.15)

Es obvio que ni los fariseos ni siquiera Judas tenían conciencia de la profecía. Aunque los fariseos conocían la profecía, no la relacionaron con Jesús. Así, sin querer, cumplieron con lo que ya estaba escrito.

La sexta profecía que se cumplió por acción de terceros fue el hecho de que Judas devolvió las treinta piezas de plata y con ellas compraron el campo de un alfarero para hacer un cementerio de extranjeros.

“Entonces Judas, el que lo había entregado, viendo que Jesús había sido condenado, devolvió arrepentido las treinta piezas de plata a los principales sacerdotes y a los ancianos. Y ellos deliberaron y compraron con ellas el campo del alfarero, para sepultura de los extranjeros. Por lo cual aquel campo ha sido llamado hasta el día de hoy, ‘Campo de Sangre’.” (Mateo 27.3, 7-8)

Como está claro, aquellos que conocían las Escrituras, sin querer, cumplieron con lo que había sido predicho por el profeta, sin siquiera darse cuenta de lo que estaban haciendo.

“Entonces el Señor me dijo: ‘¡Vaya precio con el que me han valorado! Entrega eso al alfarero’. Así que tomé las treinta piezas de plata y se las di al alfarero del Templo del Señor.”
(Zacarías 11.13)

La séptima profecía que se cumplió por acción de terceros fue el hecho de que sus discípulos lo abandonaron solo en la noche en que fue arrestado en el jardín.

“Y Jesús les dijo: Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche; porque escrito está: ‘Heriré al pastor, y las ovejas serán dispersadas’.” (Marcos 14.27)

Aunque todos los discípulos negaron tal afirmación de Jesús, el hecho es que cuando llegó esa hora, eso es lo que hicieron.

“Entonces todos lo abandonaron y huyeron.” (Marcos 14.50)

Huyeron no para cumplir la Palabra de Jesús, sino para “salvar su propia piel”, porque estaban dominados por el miedo. Así se cumplió lo que el profeta Zacarías había dicho en el 470 a.C.:

“Espada, despiértate contra mi pastor, y contra el hombre compañero mío, dice Jehová de los ejércitos. Hiere al pastor, y las ovejas serán dispersadas.” (Zacarías 13.7)

La octava profecía que se cumplió por acción de terceros fue cuando contrataron falsos testigos contra Jesús para poder justificar su condena a muerte.

“Y los principales sacerdotes y todo el concilio buscaban testimonio contra Jesús para entregarle a la muerte, pero no lo hallaban. Porque muchos daban falso testimonio contra él, pero los testimonios no concordaban.” (Marcos 14.55-56)

Sin saberlo, estaban cumpliendo lo que había sido predicho por el rey y profeta David, en el año 1000 a.C.:

“Se levantaron testigos falsos contra mí, y los que respiraban crueldad.” (Salmos 27.12)

La novena profecía que se cumplió por acción de terceros fue cuando de forma cobarde y cruel agredieron a Jesús, escupieron en su rostro y le arrancaron la barba mientras esperaban la audiencia con Pilato.

“Entonces le escupieron en el rostro y le dieron de puñetazos; y otros le abofeteaban, diciendo: Profetiza, Cristo, ¿quién es el que te golpeó?” (Mateo 26.67-68)

Obviamente, no estaban considerando las palabras del profeta Isaías, en el año 680 a.C.:

“Ofrecí mi espalda a los que me golpeaban, y mis mejillas a los que me arrancaban la barba; no escondí mi rostro de injurias y de esputos.” (Isaías 50.6)

La décima profecía por acción de terceros que se cumplió fue cuando Pilato mandó azotar a Jesús.

“Entonces Pilato tomó a Jesús y lo azotó.” (Juan 19.1)

Pilato no tenía conocimiento de la profecía del profeta Isaías, en el año 680 a.C.:

“He ofrecido mi espalda a los que me golpeaban, y mis mejillas a los que me arrancaban la barba; no escondí mi rostro de injurias y de esputos.” (Isaías 50.6)

La undécima profecía que se cumplió por acción de terceros fue cuando los soldados romanos dividieron las vestiduras de Jesús.

“Cuando los soldados crucificaron a Jesús, tomaron sus vestiduras y las dividieron en cuatro partes, una para cada soldado; y también la túnica. Pero la túnica era sin costura, tejida de una pieza de arriba abajo. Entonces dijeron entre ellos: No la rompamos, sino echemos suertes para ver de quién será.” (Juan 19.23-24)

Los soldados romanos no sabían acerca de la profecía de mil años atrás, ni estaban interesados en cumplirla.

“Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes.” (Salmo 22.18)

La duodécima profecía que se cumplió por acción de terceros fue el hecho de que colocaron la cruz de Jesús en medio de dos ladrones condenados junto a Él.

“Donde lo crucificaron, y con Él a otros dos, uno a cada lado y Jesús en medio.” (Juan 19.18)

Jesús no pidió estar en medio, fue elección de los soldados que lo crucificaron. Así se cumplió la profecía del rey y profeta David, en el año 1000 a.C.:

“El ajuntamiento de malhechores me rodeó; horadaron mis manos y mis pies.” (Salmos 22.16)

Como también dijo el profeta Isaías en el año 680 a.C.:

“Derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores; y él llevó el pecado de muchos, e intercedió por los transgresores.” (Isaías 53.12)

La decimotercera profecía que se cumplió por acción de terceros fue cuando Jesús ya crucificado, las personas que pasaban se burlaban de Él, movían la cabeza en señal de desaprobación.

“Los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza y diciendo: Tú, que destruyes el templo y lo reedificas en tres días, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz.” (Mateo 27.39-40)

De acuerdo con lo predicho en el Salmo 22, en el año 1000 a.C.:

“Todos los que me ven, me escarnecen; estiran los labios y menean la cabeza.” (Salmos 22.7)

No hicieron esto para cumplir la profecía, porque si esa hubiera sido la intención, estarían reconociendo que Él era el Cristo, el Mesías, el Hijo de Dios, pero no fue el caso.

La decimocuarta profecía que se cumplió por acción de terceros fue la decisión de Pilatos de colocar en la cruz el título de Su condenación:

“Pilatos también escribió un título y lo puso sobre la cruz; y estaba escrito: JESÚS NAZARENO, EL REY DE LOS JUDÍOS.”

(Juan 19.19)

Cumpliendo así lo que Jesús mismo había dicho meses antes:

“Jesús les dijo: Cuando levantéis al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que YO SOY.” (Juan 8.28)

A simple vista, esto no parece nada extraordinario, pero como el título fue escrito en hebreo, griego y latín, para los judíos, esas palabras afirmaban que quien estaba en esa cruz era Dios, ya que las iniciales en hebreo de derecha a izquierda, como se lee ה, ו, ה, י (Yod, He, Vav, He), formaron el nombre de Dios por el cual era conocido entre los judíos como el “YO SOY”. Pilatos ni siquiera sabía lo que Jesús había predicho al respecto y obviamente no lo hizo para cumplir la profecía.

La decimoquinta profecía cumplida por acción de terceros fue que le dieron a beber vino agrio o vinagre poco antes de morir.

“Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado, dijo para que la Escritura se cumpliera: Tengo sed. Había allí una vasija llena de vinagre; y llenaron de vinagre una esponja, y poniéndola en un hisopo, se la acercaron a la boca.” (Juan 19.28-29)

Cumpliendo así la profecía del año 1000 a.C.:

“Me dieron a comer hiel por mi comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre.” (Salmos 69.21)

El soldado romano que hizo esto no tenía ningún conocimiento de la profecía.

La decimosexta profecía cumplida por acción de terceros fue que no quebraron las piernas de Jesús en la cruz, como hicieron con los dos ladrones que fueron crucificados con Él.

“Vinieron entonces los soldados y quebraron las piernas del primero, y del otro que había sido crucificado con él. Pero al

llegar a Jesús, como lo vieron ya muerto, no le quebraron las piernas.” (Juan 19.32-33)

Cumpliendo el Salmo 34, del año 1000 a.C.:

“El guarda todos sus huesos; ni uno de ellos será quebrantado.” (Salmo 34.20).

Nuevamente, ni los soldados romanos que lo hicieron ni Pilatos, quien dio tal orden, tenían conocimiento de la profecía.

La decimoséptima profecía cumplida por acción de terceros fue que, después de verificar que Jesús ya estaba muerto, no le quebraron las piernas, pero le perforaron el abdomen con una lanza.

“Pero cuando llegaron a Jesús y vieron que ya estaba muerto, no le quebraron las piernas. Sin embargo, uno de los soldados le perforó el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua.” (Juan 19.33-34)

Sin saberlo y sin interés en el asunto, el soldado que lo hizo estaba cumpliendo las palabras del profeta Zacarías, del año 470 a.C.:

“Y mirarán a mí, a quien traspasaron.” (Zacarías 12.10)

La decimoctava profecía cumplida por acción de terceros fue que sepultaron a Jesús en la tumba de un hombre rico que aún no había sido utilizada.

“Al caer la tarde, vino un hombre rico de Arimatea llamado José, que también era discípulo de Jesús. Fue a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús, y Pilato se lo concedió. José tomó el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia y lo colocó en su propio sepulcro nuevo, que había cavado en la roca. Luego rodó una gran piedra delante de la entrada del sepulcro y se marchó.” (Mateo 27.57-60)

Jesús no tenía un lugar donde ser sepultado, así que, en un gesto de caridad, José de Arimatea cedió el sepulcro de su

familia. Al hacerlo, cumplió las palabras del profeta Isaías, del año 680 a.C.:

“Le dieron su tumba con los malvados, y con los ricos en su muerte.” (Isaías 53.9).

José de Arimatea no hizo esto para cumplir la profecía, sino por necesidad y como una forma de honrar a Jesús.

PRUEBAS DE MISIÓN CUMPLIDA

La vida de Jesús, su persona, personalidad, filiación y todos los acontecimientos relevantes que lo involucraron, tenían una relación directa con lo que ya había sido escrito sobre Él por los profetas de la antigüedad.

1. Jesús era descendiente de Abraham por genealogía, para que se cumpliera la Escritura de Génesis 22.18:

“Y en tu descendencia serán benditas todas las naciones de la tierra.”

Este texto fue registrado por Moisés en el año 1405 a.C. San Pablo, en su carta a los Gálatas, afirmó que la promesa anterior, dirigida por Dios a Abraham, se refería a Jesús, el descendiente del patriarca:

“Las promesas fueron hechas a Abraham y a su descendiente. No dice: ‘y a los descendientes’, como si hablara de muchos, sino como de uno solo: ‘y a tu descendiente’, que es Cristo.” (Gálatas 3.16).

También podemos ver en la genealogía de Jesús, cuando San Mateo, en su evangelio, escribe:

“Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham.” (Mateo 1.1).

2. Jesús era ciudadano de la tribu de Judá, para que se cumpliera la Escritura:

“El cetro no se apartará de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siló (Ungido, Mesías), y a él se congregarán los pueblos.” (Génesis 49.10).

3. Jesús era llamado “hijo de David”, para que se cumpliera lo que el profeta Jeremías dijo en el año 580 a.C.:

“He aquí que vienen días, dice el Señor, en que levantaré a David un Renuevo justo; y reinará como rey, actuará con sabiduría y practicará la justicia y el derecho en la tierra.” (Jeremías 23.5).

El mismo texto mencionado antes: *“Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham.”* (Mateo 1.1).

4. Jesús nació de una virgen, para que se cumpliera la Escritura del profeta Isaías, registrada en el año 680 a.C.:

“Por tanto, el Señor mismo os dará una señal: He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel.” (Isaías 7.14).

5. Jesús nació en Belén de Judea, para que se cumpliera lo que el profeta Miqueas había dicho en el año 710 a.C.:

“Y tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que ha de ser gobernante en Israel.” (Miqueas 5.2).

6. La masacre de los inocentes. Esto fue causado por Herodes, para eliminar la amenaza del nacimiento del “rey de los judíos”, como le habían informado los reyes de Oriente. Predicho por el profeta Jeremías en el año 605 a.C.:

“Una voz se oye en Ramá, llanto amargo y llanto grande. Raquel llora a sus hijos; rehúsa ser consolada por sus hijos, porque perecieron.” (Jeremías 31.15).

7. Jesús tuvo que huir a Egipto, donde vivió algunos años con sus “padres”, para que se cumpliera lo dicho por el profeta Oseas en el año 710 a.C.:

“De Egipto llamé a mi hijo.” (Oseas 11.1).

8. Fue predicho por el profeta Isaías en el año 680 a.C. que Jesús sería lleno del Espíritu Santo:

“El Espíritu del Señor Jehová está sobre mí, porque me ha ungido Jehová.” (Isaías 61.1).

9. Se dijo en el año 1000 a.C. que Jesús sería una persona alegre:

“Has amado la justicia y odiado la maldad; por tanto, te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros.” (Salmo 45.7).

10. Jesús comenzó su ministerio en Galilea, para que se cumpliera la Escritura del profeta Isaías, del año 680 a.C.:

“A Galilea de las naciones. El pueblo que andaba en tinieblas vio una gran luz; sobre los que vivían en la región de sombras de muerte, resplandeció la luz” (Isaías 9.1-2). Mateo mencionó en su evangelio:

“Jesús, sin embargo, volvió a Galilea... para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isaías” (Mateo 4.12-14).

11. Jesús era manso, gentil y de carácter compasivo, para cumplir lo que el profeta Isaías dijo en el año 680 a.C.:

“He aquí mi siervo, a quien sostengo, mi escogido, en quien mi alma se complace; he puesto mi Espíritu sobre él; él traerá justicia... No quebrará la caña cascada, ni apagará la mecha humeante; con verdad traerá justicia.” (Isaías 42.1-3).

12. Jesús enseñaba por medio de parábolas, para cumplir la Escritura del profeta y rey David del año

1000 a.C.:

“Abriré mi boca en parábolas; hablaré enigmas de la antigüedad.” (Salmo 78.2).

13. El profeta Isaías, en el año 680 a.C., predijo que Jesús sanaría a los enfermos y realizaría milagros:

“No teman; aquí viene su Dios con venganza, con retribución vendrá a salvarlos... Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos se abrirán. Entonces el cojo saltará como un ciervo, y la lengua del mudo cantará.” (Isaías 35.4-6).

14. El rey y profeta David, en el año 1000 a.C., predijo que Jesús expulsaría a los comerciantes del templo:

“Porque me consume el celo por tu casa; y los insultos de los que te insultaron han caído sobre mí.” (Salmo 69.9).

Cuando esto sucedió, los discípulos se acordaron de esta escritura, como nos cuenta el apóstol Juan:

“Y sus discípulos se acordaron de lo que está escrito: ‘El celo por tu casa me consumirá’.” (Juan 2.17).

15. El mismo rey y profeta David anunció que Jesús sería rechazado por su propia familia:

“Me he vuelto un extraño para mis hermanos, un desconocido para los hijos de mi madre.” (Salmo 69.8).

Se ha difundido, a partir del Concilio de Letrán de 649 de la tradición católica romana, que explícitamente afirmó el enseñamiento sobre la virginidad de María antes, durante y después del parto y que, cada vez que la Biblia hace referencia a los hermanos de Jesús revelando incluso sus nombres, estos son considerados como parientes y no hijos de María.

Con todo respeto a la tradición católica, debo aclarar que lo que está escrito en la Biblia sobre este tema significa otra cosa diferente a la que ha sido difundida por esta tradición.

Aunque se pueda interpretar la palabra “hermano” como pariente o hermano en Cristo, y no como hijo de la misma madre, esta interpretación ya no se puede considerar cuando tomamos conocimiento de lo que el rey y profeta David escribió: *“Un desconocido para los hijos de mi madre”* (Salmo 69.8). Los hijos de mi madre son mis hermanos. Además, en la iglesia del Nuevo Testamento, los hermanos de Jesús y su madre eran bien conocidos y trabajaban activamente en la evangelización, como se puede confirmar cuando San Pablo, defendiendo sus derechos de Apóstol, dijo: *“¿No tenemos derecho a llevar con nosotros a una hermana como esposa, como hacen los demás apóstoles, y los hermanos del Señor, y Cefas?”* (1 Corintios 9.5).

En esta Escritura, Pablo se refería a los “hermanos del Señor” y más tarde, al relatar algunas de sus viajes, cuando se refirió a su primer viaje a Jerusalén, mencionó a Santiago como “hermano del Señor”: *“Después de tres años, fui a Jerusalén para ver a Pedro y me quedé con él quince días. No vi a ningún otro apóstol, excepto a Santiago, el hermano del Señor”* (Gálatas 1.18-19). Pablo no dijo que Pedro era el hermano del Señor; él dijo que el hermano del Señor era Santiago. El mismo Santiago es mencionado por los judíos de Nazaret que conocían a la familia de José y María, “padres” de Jesús: *“¿No es este el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María y sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas? ¿No están todas sus hermanas entre nosotros?”* (Mateo 13.55-56).

16. También se dijo en el año 1000 a.C. que Jesús sería odiado:

“Aquellos que me aborrecen sin causa son más que los cabellos de mi cabeza” (Salmo 69:4).

17. Fue predicho en la misma época también que Jesús sería rechazado por las autoridades judías:

“La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser la cabeza del ángulo” (Salmo 118.22).

18. Jesús entró en Jerusalén como Rey, cumpliendo así la Escritura del profeta Zacarías en el año 470 a.C.:

“Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno” (Zacarías 9.9).

19. David también dijo que Jesús sería traicionado por un amigo de su confianza:

“Aun el hombre de mi paz, en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, levantó contra mí el calcañar” (Salmo 41.9).

20. Jesús fue vendido por treinta piezas de plata, como lo dijo el profeta Zacarías en el año 470 a.C.:

“Entonces les dije: Si os parece bien, dadme mi salario; y si no, dejadlo. Y pesaron por mi salario treinta piezas de plata” (Zacarías 11.12).

21. El mismo profeta dijo que las treinta piezas de plata serían devueltas y se compraría un campo con ellas:

“El Señor me dijo: Échalo al tesoro; ¡bello precio en que fui valorado por ellos! Y tomé las treinta piezas de plata, y las eché en la casa del Señor, al tesoro” (Zacarías 11.13).

Mateo confirmó: *“Y después de consultar con los ancianos, tomaron en consejo comprar con ellas el campo del alfarero, para sepultura de los extranjeros. Por eso, aquel campo se llama hasta hoy ‘Campo de Sangre’”* (Mateo 27.7-8).

22. Para que se cumpliera también la Escritura del profeta Zacarías, 470 a.C., todos huirían y dejarían a Jesús solo:

“Dice el Señor Todopoderoso: Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas” (Zacarías 13.7).

23. Jesús fue acusado por falsos testigos, como lo predijo el rey y profeta David en el año 1000 a.C.:

“Se levantaron testigos falsos contra mí, respirando crueldad” (Salmo 27.12).

24. Jesús permanecería en silencio durante su acusación, según la Escritura de Isaías en el año 680 a.C.:

“Fue oprimido y afligido, pero no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca” (Isaías 53.7).

25. Jesús fue azotado, escupido y abofeteado, como lo predijo el profeta Isaías en el año 680 a.C.:

“He entregado mi espalda a los que me golpean, y mis mejillas a los que me arrancan la barba; no escondí mi rostro de injurias y esputos” (Isaías 50.6).

26. Jesús fue crucificado, con sus manos y pies perforados, entre dos malhechores, cumpliendo así el Salmo 22, escrito alrededor del año 1000 a.C.:

“Me rodeó una jauría de perros; me cercó una banda de malignos; horadaron mis manos y mis pies” (Salmo 22.16).

27. Jesús fue abandonado por Dios en la cruz, como se predijo en el mismo Salmo 22, en el año 1000 a.C.:

“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? ¿Por qué estás tan lejos de mi salvación, y de las palabras de mi clamor?” (Salmo 22:1).

28. Jesús fue burlado e insultado en la cruz, como estaba escrito en el Salmo 22, del año 1000 a.C.:

“Todos los que me ven se burlan de mí; hacen muecas, mueven la cabeza, diciendo: ‘Confió en el Señor, que él lo libre; que lo salve, ya que tanto lo quiere’” (Salmo 22.7-8).

29. Después de ser crucificado, le dieron a beber vinagre, cumpliendo así el Salmo 69, del año 1000 a.C.:

“En mi hambre me dieron a comer hiel, y para mi sed me dieron a beber vinagre” (Salmo 69.21).

30. Jesús intercedió por aquellos que lo condenaron, conforme a la profecía de Isaías, del año 680 a.C.:

“Fue contado entre los malhechores, pero llevó el pecado de muchos, e intercedió por los transgresores” (Isaías 53.12).

31. Los soldados repartieron sus vestiduras y echaron suertes por su túnica, cumpliendo nuevamente el Salmo 22, del año 1000 a.C.:

“Reparten entre sí mis vestiduras, y sobre mi ropa echan suertes” (Salmo 22.18).

32. Los soldados romanos rompieron las piernas de los ladrones crucificados con Jesús, pero no quebraron las piernas de Jesús porque ya estaba muerto, cumpliendo así el Salmo 34, del año 1000 a.C.:

“Él protege todos sus huesos; ni uno solo de ellos será quebrantado” (Salmo 34.20).

33. Un soldado romano traspasó el costado de Jesús con una lanza, cumpliendo la Escritura del profeta Zacarías, del año 470 a.C.:

“Y me mirarán a mí, a quien traspasaron” (Zacarías 12.10).

34. ¿Por qué se oscureció el cielo al mediodía? Para que se cumpliera lo que había sido escrito por el profeta Amós, en el año 755 a.C.:

“En aquel día, dice el Señor omnipotente, haré que el sol se ponga al mediodía y oscurezca la tierra en pleno día” (Amós 8.9).

35. Jesús fue sepultado como un rico, cumpliendo así la Escritura del profeta Isaías, del año 680 a.C.:

“Se dispuso su sepultura con los malvados, pero con los ricos fue en su muerte” (Isaías 53.9).

36. De la misma manera, Jesús resucitó de entre los muertos, cumpliendo el Salmo 16, del año 1000 a.C.:

“No dejarás que mi vida se hunda en la tumba, ni permitirás que tu fiel sufra corrupción” (Salmo 16.10).

37. Así también, Jesús ascendió al cielo y se sentó a la diestra de Dios, para cumplir el Salmo 110, escrito en el año 1000 a.C.:

“Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos como estrado de tus pies” (Salmo 110.1).

Todo sucedió tal como fue predicho por boca de los profetas, no porque los implicados tuvieran conocimiento de

las Escrituras y las siguieran escrupulosamente, sino porque los hechos se desarrollaron naturalmente según lo que las Escrituras decían acerca de Jesús, su vida, muerte y resurrección. Podemos concluir que solo un ser divino podría haber inspirado tales palabras, siglos antes de que se cumplieran.

Este fue el gran plan divino, oculto en misterio, para la redención de la humanidad ante Dios, del cual habló el Apóstol San Pablo en su carta a los Corintios:

“Pero hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta que, desde antes de los siglos, Dios predestinó para nuestra gloria. Ninguno de los poderosos de este siglo la ha conocido, porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria” (1 Corintios 2.7-8).

LA JUSTICIA DIVINA

Dios es justo. De esta afirmación se deduce que Él hace justicia. La justicia no es perdón; de hecho, el perdón resulta de la práctica de una injusticia. La justicia castiga al transgresor por el mal cometido, a través de la aplicación de la ley.

El perdón, en su esencia, es absolver al transgresor, sin tener en cuenta el mal cometido. La justicia, por otro lado, nos hace enfrentar el daño que causamos a los demás; pagamos por el mal que hicimos. Sin embargo, cuando perdonamos, damos quita el mal que otra persona cometió contra nosotros, dejándola libre y exenta de cualquier deuda con nosotros, aunque sea injusto, ya que el transgresor queda libre como si no hubiera cometido el mal y el inocente, la víctima, queda con el daño causado, como si fuera él el transgresor.

Siendo Dios justo, Él mismo establece Su propia ley para la humanidad y espera que el Hombre viva de acuerdo con Sus parámetros. Dios no rompe Sus propias leyes. Él es el primero en cumplirlas, actuando dentro de los principios que Él definió previamente. Por lo tanto, sin ninguna distinción de personas, Dios exige justicia siempre que haya una transgresión, porque como Ser perfecto, no puede negarse a Sí mismo.

Según la Biblia, el Hombre se encontraba en una posición nada cómoda con respecto a Dios.

“porque todos pecaron y no alcanzan la gloria de Dios”
(Romanos 3.23).

La Biblia se refiere al pecado como si fuera un virus que pasó de generación en generación y contaminó a toda la humanidad. Como está escrito:

“la paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús nuestro Señor” (Romanos 6.23).

Siendo el Hombre “contaminado” por naturaleza, por el pecado, como resultado está condenado a la muerte (separación de Dios), en el sentido más amplio de la palabra: desgracia, aflicción, enfermedad, maldición, miseria, muerte física y separación eterna de su Creador.

Como Dios es justo, pero al mismo tiempo es amor, solo había un camino para cumplir Su justicia y reconciliar a la humanidad consigo mismo. Él mismo se entregó para pagar la condenación del Hombre, satisfaciendo así Su justicia y, al mismo tiempo, Su amor, perdonando al Hombre sus transgresiones, ya que el precio del mal cometido sería pagado por Él mismo y la justicia sería aplicada al transgresor, Jesucristo, quien tomaría ese lugar.

Es por esto que presenciamos el escenario de la cruz: la aplicación de la justicia sobre Jesús y la absolución de la humanidad.

El sacrificio de Jesús fue una sustitución, porque al estar libre de pecado, tomó el pecado del Hombre y entregó al Hombre su inocencia. Según la Biblia, todo aquel que cree en Él se coloca bajo la justicia divina, es decir, su pecado es imputado a Jesús y la inocencia de Jesús es imputada a esa persona, y esto ninguna religión puede realizar.

“Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?”

Fue la pregunta de Jesús. ¿Cuál es tu respuesta? Tarde o temprano todos tendremos que responder.

Si quieres invitar a Jesús a entrar en tu vida, haz esta breve oración:

Dios mío, creo en Jesucristo, creo que Él fue enviado por Ti a este mundo, fue condenado en mi lugar y murió por mis pecados, resucitó al tercer día para declararme inocente y reconciliarme contigo. Jesús, entra en mi vida, te recibo ahora como mi Señor y Salvador personal, perdona mis pecados y ayúdame a vivir para hacer tu voluntad. Amén.

¡Sin nada que perder!

FIN